

---

# **Fábulas**

**Félix María de Samaniego**

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 2813**

---

**Título:** Fábulas

**Autor:** Félix María Samaniego

**Etiquetas:** Cuento infantil, fábula

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 4 de agosto de 2017

**Fecha de modificación:** 4 de agosto de 2017

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

## PRÓLOGO DEL AUTOR

Muchos son los sabios de diferentes siglos y naciones que han aspirado al renombre de fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haberme retraído del arduo empeño de meterme á contar fábulas en verso castellano. Así hubiera sido; pero permítame el público protestar con sinceridad en mi abono, que en esta empresa no ha tenido parte mi elección. Es puramente obra de mi pronta obediencia, debida á una persona, en quien respeto unidas las calidades de tío, maestro y jefe.

En efecto, el director de la real Sociedad Vascongada, mirando la educación como á basa en que estriba la felicidad pública, emplea la mayor parte de su celo patriótico en el cuidado de proporcionar á los jóvenes alumnos del real Seminario Vascongado cuanto conduce á su instrucción; y siendo, por decirlo así, el primer pasto conque se debe nutrir el espíritu de los niños, las máximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la fábula, me destinó á poner una colección de ellas en verso castellano, con el objeto de que recibiesen esta enseñanza, ya que no mamándola con la leche, según deseó Platón, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el latín.

Desde luego di principio á mi obrilla. Apenas pillaban los jóvenes seminaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando los leían y estudiaban á porfía con indecible placer y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura y armonía poética, y libre para ellos de las espinas de la traducción, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me asegura en parte de la utilidad de mi empresa, que es la verdadera recomendación de un escrito, no se contenta con ella mi amor propio. Siguiendo éste su ambiciosa condición, desea que respectivamente logren mis fábulas igual acogida que en los niños, en los mayores, y aun, si es posible, entre los doctos; pero á la verdad esto no es tan fácil. Las espinas que dejan de encontrar en ellas los niños, las hallarán los que no lo son en los repetidos defectos de la obra. Quizá no parecerán éstos tan de marca, dando aquí una breve noticia del método que he observado en la ejecución de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirlo.

Después de haber repasado los preceptos de la fábula, formé mi pequeña librería de fabulistas: examiné, comparé y elegí para mis modelos entre todos ellos, después de Esopo, á Fedro y La Fontaine; no tardé en hallar mi desengaño. El primero, más para admirado que para seguido, tuve que abandonarle á los primeros pasos. Si la unión de la elegancia y laconismo sólo está concedida á este poeta en este género, ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua castellana, y palpa los grados que á ésta le faltan para igualar á la latina en concisión y energía? Este conocimiento, en que me aseguró más y más la práctica, me obligó á separarme de Fedro.

Empecé á aprovecharme del segundo, como se deja ver en las fábulas de *La Cigarra y la Hormiga*, *El Cuervo y el Zorro* y alguna otra; pero reconocí que no podía, sin ridiculizarme, trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias y sales, que tan fácil y naturalmente derrama este ingenioso fabulista en su narración.

No obstante, en el estudio que hice de este autor, hallé no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de Locmano, Esopo y otros de los antiguos, sino que no tuvo reparo en entregarse á seguir su propio carácter tan francamente, que me atrevo á asegurar que apenas tuvo

presente otro precepto, en la narración, que la regla general que él mismo asienta en el prólogo de sus fábulas en boca de Quintiliano: *Por mucho gracejo que se dé á la narración, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir, en la formación de mi obrita, á estos dos fabulistas, y con el ejemplo que hallé en el último, me resolví á escribir tomando en cerro los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algún moderno, y entregándome con libertad á mi genio, no sólo en el estilo y gusto de la narración, sino aun en el variar rara vez algún tanto ya del argumento, ya de la aplicación de la moralidad, quitando, añadiendo ó mudando alguna cosa que, sin tocar al cuerpo principal del apólogo, contribuya á darle cierto aire de novedad y gracia.

En verdad que, según mi conciencia, más de cuatro veces se peca en este método contra los preceptos de la fábula; pero esta práctica licenciosa es tan corriente entre los fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma fábula en diferentes versiones, la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original que, degenerando por grados de una en otra versión, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas licencias ó pecados contra las leyes de la fábula, ha habido fabulistas que han hecho su carrera hasta llegar al tempo de la inmortalidad, ¿á qué meterme yo en escrúpulos que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atención, ha sido en hacer versos fáciles, hasta acomodarlos, según mi entender, á la comprensión de los muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo no sólo humilde, sino aun bajo, malo es; mas ¿no sería muchísimo peor que, haciéndolo incomprensible á los niños, ocupasen éstos su memoria con inútiles coplas?

Á pesar de mi desvelo en esta parte, desconfío de conseguir mi fin. Un autor moderno, en su *Tratado de Educación*, dice que en toda la colección de La Fontaine no conoce sino cinco

ó seis fábulas, en que brilla con eminencia la sencillez pueril ; y aun, haciendo análisis de alguna de ellas, encuentra pasajes desproporcionados á la inteligencia de los niños.

Esta crítica ha sido para mí una lección. Confesaré sinceramente que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi colección no se halla más de la mitad de fábulas que, en la claridad y sencillez del estilo, no pueda apostárselas á la prosa más trivial. Éste me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguaje en que debemos enseñar á los muchachos; pero ¿quién tendrá bastante filosofía para acertar á ponerse en el lugar de éstos, y medir así los grados á que llega la comprensión de un niño?

En cuanto al metro, no guardo uniformidad: no es esencial á la fábula, como no lo es al epigrama y á la lira, que admiten infinita variedad de metros. En los apólogos hay tanta inconexión de uno á otro, como en las liras y epigramas. Con la variedad de metros he procurado huír de aquel monotonismo que adormece los sentidos y se opone á la varia armonía, que tanto deleita el ánimo y aviva la atención. Los jóvenes que tomen de memoria estos versos, adquirirán con la repetición de ellos alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas, á que por este medio acostumbren su oído.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de endecasílabos pareados con la alternativa de pies quebrados ó de siete sílabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de estancias más largas, en las cuales, por acomodar una sola voz que falte para la clara explicación de la sentencia, ó queda confuso y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado y lleno de ripio.

En conclusión, puede perdonárseme bastante por haber sido

el primero en la nación que ha abierto el paso á esta carrera, en que he caminado sin guía, por no haber tenido á bien entrar en ella nuestros célebres poetas castellanos. Dichoso yo si logro que, con la ocasión de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poéticos sus tareas á cultivar este y otros importantes ramos de instrucción y provecho. Mientras así no lo hagan, habremos de contentarnos con leer sus excelentes églogas, y sacar de sus dulcísimos versos casi tanta melodía como de la mejor música del divino Haydn, aunque tal vez no mayor enseñanza ni utilidad.

## **ADVERTENCIA.**

*A excepción de un corto número de argumentos sacados de Esopo, Fedro y La Fontaine, todos los asuntos contenidos en los apólogos de los libros VI, VII y VIII, pertenecen al fabulista inglés Gay. El libro IX es original.*

# LIBRO PRIMERO

## **Fábula I. El Asno y el Cochino.**

**Á LOS CABALLEROS ALUMNOS  
DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO**

Oh jóvenes amables  
Que, en vuestros tiernos años,  
Al templo de Minerva  
Dirigís vuestros pasos;  
Seguid, seguid la senda  
En que marcháis, guiados  
Á la luz de las ciencias  
Por profesores sabios.  
Aunque el camino sea  
Ya difícil, ya largo,  
Lo allana y facilita  
El tiempo y el trabajo.  
Rompiendo el duro suelo,  
Con la esteva agobiado,  
El labrador sus bueyes  
Guía con paso tardo;  
Mas al fin llega á verse  
En medio del verano  
De doradas espigas,  
Como Ceres, rodeado.  
Á mayores tareas,  
Á más graves cuidados  
Es mayor y más dulce  
El premio y el descanso.  
Tras penosas fatigas,  
La labradora mano  
¡Con qué gusto recoge

Los racimos de Baco!  
Ea, jóvenes, ea,  
Seguid, seguid marchando  
Al templo de Minerva  
Á recibir el lauro.  
Mas yo sé, caballeros,  
Que un joven entre tantos  
Responderá á mis voces:  
*No puedo, que me canso.*  
Descanse en hora buena,  
¿Digo yo lo contrario?  
Tan lejos estoy de eso,  
Que en estos versos trato  
De daros un asunto  
Que instruya deleitando.  
Los perros y los lobos,  
Los ratones y gatos,  
Las zorras y las monas,  
Los ciervos y caballos  
Os han de hablar en verso,  
Pero con juicio tanto,  
Que sus máximas sean  
Los consejos más sanos.  
Deleitaos en ello,  
Y con este descanso  
Á las serias tareas  
Volved más alentados.  
Ea, jóvenes, ea,  
Seguid, seguid marchando  
Al templo de Minerva  
Á recibir el lauro.  
Pero ¡qué! ¿os detiene  
El ocio y el regalo?  
Pues escuchad á Esopo,  
Mis jóvenes amados.

Envidiando la suerte del Cochino  
Un Asno maldecía su destino.  
Yo, decía, trabajo y como paja;  
Él come harina y berza, y no trabaja.  
Á mí me dan de palos cada día;  
Á él le rascan y halagan á porfía.  
Así se lamentaba de su suerte;  
Pero luego que advierte  
Que á la pocilga alguna gente avanza  
En guisa de matanza,  
Armada de cuchillo y de caldera,  
Y que con maña fiera  
Dan al gordo Cochino fin sangriento,  
Dijo entre sí el Jumento:  
*Si en esto para el ocio y los regalos,  
Al trabajo me atengo y á los palos.*

## **Fábula II. La Cigarra y la Hormiga**

Cantando la Cigarra,  
Pasó el verano entero  
Sin hacer provisiones  
Allá para el invierno.  
Los fríos la obligaron  
Á guardar el silencio,  
Y á acogerse al abrigo  
De su estrecho aposento.  
Vióse desproveída  
Del preciso sustento,  
Sin mosca, sin gusano,  
Sin trigo, sin centeno.  
Habitaba la Hormiga  
Allí tabique en medio,  
Y con mil expresiones  
De atención y respeto  
La dijo:—Doña Hormiga,  
Pues que en vuestros graneros  
Sobran las provisiones  
Para vuestro alimento,  
Prestad alguna cosa  
Con que viva este invierno  
Esta triste Cigarra,  
Que alegre en otro tiempo,  
Nunca conoció el daño,  
Nunca supo temerlo.  
No dudéis en prestarme,  
Que fielmente prometo  
Pagaros con ganancias,

Por el nombre que tengo.—  
La codiciosa Hormiga  
Respondió con denuedo,  
Ocultando á la espalda  
Las llaves del granero:  
—¡Yo prestar lo que gano  
Con un trabajo inmenso!  
Díme pues, holgazana,  
¿Qué has hecho en el buen tiempo?  
—Yo, dijo la Cigarra,  
Á todo pasajero  
Cantaba alegremente  
Sin cesar ni un momento.  
—¡Hola! ¿conque cantabas  
Cuando yo andaba al remo?  
Pues ahora que yo como,  
Baila ipese á tu cuerpo!

### **Fábula III. El Muchacho y la Fortuna.**

Á la orilla de un pozo,  
Sobre la fresca hierba,  
Un incauto mancebo  
Dormía á pierna suelta.  
Gritóle la Fortuna:  
—Insensato, despierta;  
¿No ves que ahogarte puedes  
Á poco que te muevas?  
Por ti y otros canallas  
Á veces me motejan,  
Los unos de inconstante,  
Y los otros de adversa.  
*Reveses de fortuna*  
*Llamáis á las miserias:*  
*¿Por qué, si son reveses*  
*De la conducta necia?*

## **Fábula IV. La Codorniz.**

Presa en estrecho lazo  
La Codorniz sencilla  
Daba quejas al aire,  
Ya tarde arrepentida.  
—¡Ay de mí miserable,  
Infelizavecilla,  
Que antes cantaba libre,  
Y ya lloro cautiva!  
Perdí mi nido amado,  
Perdí en él mis delicias;  
Al fin perdílo todo,  
Pues que perdí la vida.  
¿Por qué desgracia tanta?  
¿Por qué tanta desdicha?  
Por un grano de trigo:  
¡Oh cara golosina!  
*¡El apetito ciego*  
*Á cuántos precipita*  
*Que, por lograr un nada,*  
*Un todo sacrifican!*

## Fábula V. El Águila y el Escarabajo.

«¡Qué me matan! favor»: así clamaba  
Una Liebre infeliz, que se miraba  
En las garras de un Águila sangrienta.  
Á las voces, según Esopo cuenta,  
Acudió un compasivo Escarabajo;  
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,  
Por libertarla de tan cruda muerte,  
Lleno de horror exclama de esta suerte:  
—Oh reina de las aves escogida,  
¿Por qué quitas la vida  
Á este pobre animal, manso y cobarde?  
¿No sería mejor hacer alarde  
De devorar á dañadoras fieras:  
Ó ya que resistencia hallar no quieras,  
Cebat tus uñas y tu corvo pico  
En el frío cadáver de un borrico?—  
Cuando el Escarabajo así decía,  
El Águila con desprecio se reía;  
Y sin usar de más atenta frase,  
Mata, trincha, devora, pilla y vase.  
El pequeño animal así burlado,  
Quiere verse vengado.  
En la ocasión primera  
Vuela al nido del Águila altanera:  
Halla solos los huevos y, arrastrando,  
Uno por uno fuélos despeñando.  
Mas como nada alcanza  
Á dejar satisfecha una venganza,  
Cuantos huevos ponía en adelante

Se los hizo tortilla en el instante.  
La reina de las aves sin consuelo,  
Remontando su vuelo,  
Á Júpiter excelso humilde llega,  
Expone su dolor, pídele, ruega  
Remedie tanto mal. El dios propicio,  
Por un incomparable beneficio,  
En su regazo hizo que pusiese  
El Águila sus huevos, y se fuese;  
Que á la vuelta, colmada de consuelos,  
Encontraría hermosos sus polluelos.  
Supo el Escarabajo el caso todo;  
Astuto é ingenioso, hace de modo,  
Que una bola fabrica diestramente  
De la materia en que continuamente  
Trabajando se halla,  
Cuyo nombre se sabe, aunque se calla;  
Y que, según yo pienso,  
Para los dioses no es muy buen incienso.  
Carga con ella, vuela, y atrevido  
Pone su bola en el sagrado nido.  
Júpiter que se vió con tal basura,  
Al punto sacudió su vestidura,  
Haciendo, al arrojar la albondiguilla,  
Con la bola y los huevos su tortilla.  
Del trágico suceso noticiosa,  
Arrepentida el Águila y llorosa,  
Aprendió esta lección á mucho precio:  
Á nadie se le trate con desprecio,  
Como al Escarabajo;  
Porque al más miserable, vil y bajo,  
Para tomar venganza, si se irrita,  
¿Le faltará siquiera una bolita?

## Fábula VI

Cierto artífice pintó  
Una lucha, en que valiente,  
Un Hombre tan solamente  
Á un horrible León venció.  
Otro León que el cuadro vió,  
Sin preguntar por su autor,  
En tono despreciador  
Dijo: *Bien se deja ver*  
*Que es pintar como querer;*  
*Y no fué león el pintor.*

## **Fábula VII. La Zorra y el Busto.**

Dijo la Zorra al Busto,

Después de olerlo:

Tu cabeza es hermosa,

Pero sin seso.

Como éste hay muchos

Que, aunque parecen hombres,

Sólo son bustos.

## Fábula VIII. El Ratón de la corte y el del campo.

Un Ratón cortesano  
Convidó con un modo muy urbano  
Á un Ratón campesino.  
Dióle gordo tocino,  
Queso fresco de Holanda;  
Y una despensa llena de vianda  
Era su alojamiento;  
Pues no pudiera haber un aposento  
Tan magníficamente preparado,  
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado  
Con el mayor esmero,  
Para alojar á *Roepán primero*.  
Sus sentidos allí se recreaban:  
Las paredes y techos adornaban,  
Entre mil ratonescas golosinas,  
Salchichones, perniles y cecinas.  
Saltaban de placer, ¡oh qué embeleso!  
De pernil en pernil, de queso en queso.  
En esta situación tan lisonjera  
Llega la dispensera:  
Oyen el ruido, corren, se agazapan,  
Pierden el tino; mas al fin se escapan  
Atropelladamente  
Por cierto pasadizo abierto á diente.  
—¡Esto tenemos! dijo el campesino;  
Reniego yo del queso, del tocino,  
Y de quien busca gustos  
Entre los sobresaltos y los sustos.  
Volvióse á su campaña en el instante,

Y estimó mucho más de allí adelante,  
Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,  
Su casita de tierra y sus legumbres.

## Fábula IX. El Herrero y el Perro.

Un Herrero tenía  
Un Perro, que no hacía  
Sino comer, dormir y estarse echado.  
De la casa jamás tuvo cuidado;  
Levantábase sólo á mesa puesta:  
Entonces con gran fiesta  
Al dueño se acercaba,  
Con perrunas caricias le halagaba,  
Mostrando de cariño mil excesos  
Por pillar las piltrafas y los huesos.  
—He llegado á notar, le dijo el amo  
Que aunque nunca te llamo,  
Á la mesa te llegas prontamente:  
En la fragua jamás te vi presente;  
Y yo me maravillo  
De que, no despertándote el martillo,  
Te desveles al ruido de mis dientes.  
Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes  
Que el amo, hecho un gañán y sin reposo,  
Te mantiene á lo conde muy ocioso.  
El Perro le responde:  
—¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?  
Para no trabajar debo al destino  
Haber nacido perro y no pollino.  
—Pues, señor conde, fuera de mi casa;  
Verás en las demás lo que te pasa.  
En efecto salió á probar fortuna,  
Y las casas anduvo de una en una:  
Allí le hacen servir de centinela,

Y que pase la noche toda en vela;  
Acá de lazarillo y de danzante;  
Allá, dentro de un torno, á cada instante  
Asa la carne que comer no espera.  
Al cabo conoció de esta manera,  
Que el destino, y no es cuento,  
Á todos nos cargó, como al jumento.

## **Fábula X. La Zorra y la Cigüeña.**

Una Zorra se empeña  
En dar una comida á la Cigüeña.  
La convidó con tales expresiones,  
Que anunciaban sin duda provisiones  
De lo más excelente y exquisito.  
Acepta alegre, va con apetito;  
Pero encontró en la mesa solamente  
Jigote claro sobre chata fuente.  
En vano á la comida picoteaba,  
Pues era para el guiso que miraba  
Inútil tenedor su largo pico.  
La Zorra con la lengua y el hocico  
Limpió tan bien su fuente, que pudiera  
Servir de fregatriz, si á Holanda fuera.  
Mas, de allí á poco tiempo convidada  
De la Cigüeña, halla preparada  
Una redoma de jigote llena:  
Allí fué su aflicción, allí su pena.  
El hocico goloso al punto asoma  
Al cuello de la hidrópica redoma:  
Mas en vano, pues era tan estrecho,  
Cual si por la Cigüeña fuese hecho.  
Envidiosa de ver que, á conveniencia,  
Chupaba la del pico á su presencia.  
Vuelve, tiente, discurre,  
Huele, se desatina; en fin, se aburre.  
Marchó rabo entre piernas, tan corrida,  
Que ni aun tuvo siquiera la salida  
De decir: Están verdes, como antaño.

También hay para pícaros engaño.

## **Fábula XI. Las Moscas.**

Á un panal de rica miel  
Dos mil Moscas acudieron,  
Que, por golosas, murieron  
Presas de patas en él.  
Otras dentro de un pastel  
Enterró su golosina.

*Así, si bien se examina,  
Los humanos corazones  
Perecen en las prisiones  
Del vicio que los domina.*

## **Fábula XII. El Leopardo y las Monas.**

No á pares, á docenas encontraba  
Las Monas en Tetuán, cuando cazaba,  
Un Leopardo: apenas lo veían,  
Á los árboles todas se subían,  
Quedando del contrario tan seguras,  
Que pudiera decir: No están maduras.  
El cazador astuto se hace el muerto  
Tan vivamente, que parece cierto;  
Hasta las viejas Monas,  
Alegres en el caso y juguetonas,  
Empiezan á saltar: la más osada  
Baja, arrímase al muerto de callada;  
Mira, huele, y aun tiente,  
Y grita muy contenta:  
«Llegad, que muerto está de todo punto,  
Tanto que empieza á oler el tal difunto».  
Bajan todas con bulla y algazara:  
Ya le tocan la cara,  
Ya le saltan encima;  
Aquella se le arrima,  
Y haciendo mimos á su lado queda;  
Otra se finge muerta, y lo remeda.  
Mas luego que las siente fatigadas  
De correr, de saltar y hacer monadas,  
Levántase ligero,  
Y más que nunca fiero,  
Pilla, mata, devora, de manera  
Que parecía la sangrienta fiera,  
Cubriendo con los muertos la campaña,

Al Cid matando Moros en España.  
Es el peor enemigo el que aparenta  
No poder causar daño; porque intenta,  
Inspirando confianza,  
Asegurar su golpe de venganza.

## **Fábula XIII. El Ciervo en la fuente.**

Un Ciervo se miraba  
En una hermosa cristalina fuente:  
Placentero admiraba  
Los enramados cuernos de su frente  
Pero, al ver sus delgadas largas piernas,  
Al alto cielo daba quejas tiernas.  
«¡Oh dioses! ¿á qué intento,  
Á esta fábrica hermosa de cabeza  
Construís su cimiento,  
Sin guardar proporción en la belleza?  
¡Oh qué pesar! ¡oh qué dolor profundo,  
No haber gloria cumplida en este mundo!  
Hablando de esta suerte  
El Ciervo vió venir á un lebre! fiero.  
Por evitar su muerte  
Parte al espeso bosque muy ligero;  
Pero el cuerno retarda su salida  
Con una y otra rama entretrejida.  
Mas libre del apuro  
Á duras penas, dijo con espanto:  
«Si me veo seguro,  
Pese á mis cuernos, fué por correr tanto.  
Lleve el diablo lo hermoso de mis cuernos;  
Haga mis feos pies el cielo eternos».  
Así frecuentemente  
El hombre se deslumbra con lo hermoso:  
Elige lo aparente,  
Abrazando tal vez lo más dañoso;  
Pero escarmiente ahora en tal cabeza.

*El útil bien es la mejor belleza.*

## Fábula XIV. El León y la Zorra.

Un León, en otro tiempo poderoso,  
Ya viejo y achacoso,  
En vano perseguía hambriento y fiero  
Al mamón becerrillo y al cordero,  
Que trepando por la áspera montaña  
Huían libremente de su saña.  
Afligido del hambre á par de muerte,  
Discurrió su remedio de esta suerte:  
Hace correr la voz de que se hallaba  
Enfermo en su palacio, y deseaba  
Ser de los animales visitado.  
Acudieron algunos de contado;  
Mas, como el grave mal que lo postraba  
Era una hambre voraz, tan sólo usaba  
La receta exquisita  
De engullirse al *Monsieur* de la visita.  
Acércase la Zorra de callada,  
Y á la puerta asomada,  
Atisba muy de espacio  
La entrada de aquel cóncavo palacio.  
El León la divisó, y en el momento  
La dice:—Ven acá, pues que me siento  
En el último instante de mi vida:  
Visítame como otros, mi querida.  
—¿Cómo otros? ¡ah, Señor! he conocido  
Que entraron, sí, pero que no han salido.  
Mirad, mirad la huella,  
Bien claro lo dice ella;  
Y no es bien el entrar do no se sale.

*La prudente cautela mucho vale.*

## Fábula XV. La Cierva y el Cervato.

Á una Cierva decía  
Su tierno Cervatillo:—Madre mía,  
¿Es posible que un perro solamente  
Al bosque te haga huir cobardemente,  
Siendo él mucho menor, menos pujante?  
¿Por qué no has de ser tú más arrogante?  
—Todo es cierto, hijo mío;  
Y cuando así lo pienso, desafío  
Á mis solas á veinte perros juntos:  
Figúrome luchando, y que difuntos  
Dejo á los unos; que otros falleciendo,  
Pisándose las tripas, van huyendo  
En vano de la muerte;  
Y á todos venzo de gallarda suerte.  
Mas, si embebida en este pensamiento,  
Á un perro ladrar sienta,  
Escapo más ligera que un venablo,  
Y mi victoria se la lleva el diablo.  
Á quien no sea de ánimo esforzado,  
No armarle de soldado;  
Pues por más que, al mirarse la armadura,  
Piense, en tiempo de paz, que su bravura  
Herirá, matará cuanto acometa;  
En oyendo en campaña la trompeta,  
Hará lo que la corza de la historia,  
Mas que el diablo se lleve la victoria.

## Fábula XVI. El Labrador y la Cigüeña.

Un Labrador miraba  
Con duelo su sembrado,  
Porque gansos y grullas  
De su trigo solían hacer pasto.  
Armó sin más tardanza  
Diestramente sus lazos,  
Y cayeron en ellos  
La Cigüeña, las grullas y los gansos.  
—Señor rústico, dijo  
La Cigüeña temblando,  
Quíteme las prisiones,  
Pues no merezco pena de culpados.  
La diosa Ceres sabe,  
Que lejos de hacer daño,  
Limpio de sabandijas,  
De culebras y víboras los campos.  
—Nada me satisface,  
Respondió el Hombre airado:  
Te hallé con delincuentes,  
Con ellos morirás entre mis manos.  
*La inocente Cigüeña  
Tuvo el fin desgraciado  
Que pueden prometerse  
Los buenos que se juntan con los malos.*

## **Fábula XVII. La Serpiente y la Lima.**

En casa de un cerrajero  
Entró la serpiente un día,  
Y la insensata mordía  
En una Lima de acero.  
Díjole la Lima:—El mal,  
Necia, será para ti:  
¿Cómo has de hacer mella en mí,  
Que hago polvos el metal?  
*Quien pretende, sin razón,  
Al más fuerte derribar,  
No consigue sino dar  
Coces contra el aguijón.*

## **Fábula XVIII. El Calvo y la Mosca.**

Picaba impertinente  
En la espaciosa calva de un anciano  
Una Mosca insolente.  
Quiso matarla, levantó la mano,  
Tiró un cachete, pero fuese salva,  
Hiriendo el golpe la redonda calva.  
Con risa desmedida  
La mosca prorrumpió:—Calvo maldito,  
Si quitarme la vida  
Intentaste por un leve delito,  
¿Á qué pena condenas á tu brazo,  
Bárbaro ejecutor de tal porrazo?  
—Al que obra con malicia,  
La respondió el varón prudentemente,  
Rigurosa justicia  
Debe dar el castigo conveniente;  
Y es bien ejercitarse la clemencia  
En el que peca por inadvertencia.  
Sabe, Mosca villana,  
Que coteja el agravio recibido  
La condición humana  
Según la mano de donde ha venido:  
Que el grado de la ofensa á tanto asciende,  
Cuanto sea más vil aquel que ofende.

## Fábula XIX. Los dos Amigos y el Oso.

Á dos Amigos se aparece un Oso:  
El uno muy medroso,  
En las ramas de un árbol se asegura:  
El otro, abandonado á la ventura,  
Se finge muerto repentinamente.  
El Oso se le acerca lentamente;  
Mas como este animal, según se cuenta,  
De cadáveres nunca se alimenta,  
Sin ofenderle le registra y toca,  
Huélele las narices y la boca;  
No le siente el aliento,  
Ni el menor movimiento;  
Y así se fué diciendo sin recelo:  
«Éste tan muerto está como mi abuelo.»  
Entonces el cobarde,  
De su grande amistad haciendo alarde,  
Del árbol se desprende muy ligero,  
Corre, llega y abraza al compañero:  
Pondera la fortuna  
De haberle hallado sin lesión alguna;  
Y al fin le dice:—Sepas que he notado  
Que el Oso te decía algún recado.  
¿Qué pudo ser?—Diretelo que ha sido:  
Estas dos palabritas al oído:  
*Aparta tu amistad de la persona  
Que, si te ve en el riesgo, te abandona.*

## Fábula XX. El Águila, la Gata y la Jabalina.

Un Águila anidó sobre una encina.  
Al pie criaba cierta Jabalina;  
Y era un hueco del tronco corpulento  
De una Gata y sus crías aposento.  
Esta gran marrullera  
Sube al nido del Águila altanera,  
Y con fingidas lágrimas la dice:  
—¡Ay mísera de mí! ¡ay infelice!  
Éste sí que es trabajo:  
La vecina que habita el cuarto bajo,  
Como tú misma ves, el día pasa  
Hozando los cimientos de la casa:  
La arruinará; y en viendo la traidora  
Por tierra á nuestros hijos, los devora.  
Después que dejó al Águila asustada,  
Á la cueva se baja de callada,  
Y dice á la cerdosa:—Buena amiga,  
Has de saber que el Águila enemiga,  
Cuando saques tus crías hacia el monte,  
Las ha de devorar: así disponte.  
La Gata, aparentando que temía,  
Se retiró á su cuarto, y no salía  
Sino de noche, que con maña astuta  
Abastecía su pequeña gruta.  
La Jabalina, con tan triste nueva,  
No salió de su cueva.  
La Águila en el ramaje temerosa,  
Haciendo centinela no reposa.  
En fin, á ambas familias la hambre mata,

Y de ellas hizo víveres la gata.  
¡jóvenes, ojo alerta, gran cuidado!  
Que un chismoso en amigo disfrazado,  
Con capa de amistad cubre sus trazas,  
Y así causan el mal sus añagazas.

# **LIBRO SEGUNDO**

## **Fábula I. El León con su ejército.**

Á DON JAVIER MARÍA DE MUNIVE É IDIÁQUEZ  
CONDE DE PEÑAFLORIDA, DIRECTOR PERPETUO DE LA  
REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAÍS.

Mientras que con la espada, en mar y tierra,  
Los ilustres varones  
Engrandecen su fama por la guerra  
Sojuzgando naciones;  
Tú, conde, con la pluma y el arado  
Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;  
Y haciendo venturosos, has ganado  
El bien que buscas, y el laurel que huyes.  
Con darte todo al bien de los humanos  
No contento tu celo,  
Supo unir á los nobles ciudadanos  
Para felicidad del patrio suelo.  
La hormiga codiciosa  
Trabaja en sociedad fructuosamente;  
Y la abeja oficiosa  
Labra siempre ayudada de su gente.  
Así unes á los hombres laboriosos,  
Para hacer sus trabajos más fructuosos.  
Aquél viaja observando  
Por las naciones cultas;  
Éste con experiencias va mostrando  
Las útiles verdades más ocultas:  
Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias;  
Y de diversos modos,  
Juntando estudios, viajes y experiencias,  
Resulta el bien en que trabajan todos.

iEn que trabajan todos! ya lo dije,  
Por más que yo también sea contado;  
El sabio presidente que nos rige,  
Tiene aun al más inútil ocupado.  
Darme, conde, querías un destino  
Al contemplarme ocioso é ignorante:  
Era difícil; mas al fin tu tino  
Encontró un genio en mí versificante.  
Á Fedro y La Fontaine por modelos  
Me pusiste á la vista,  
Y hallaron tus desvelos  
Que pudiera ensayarme á fabulista.  
Y pues viene al intento,  
Pasemos al ensayo: va de cuento.  
El León, rey de los bosques poderoso,  
Quiso armar un ejército famoso.  
Juntó sus animales al instante:  
Empezó por cargar al Elefante  
Un castillo con útiles, y encima  
Rabiosos Lobos que pusiesen grima.  
Al Oso lo encargó de los asaltos:  
Al Mono con sus gestos y sus saltos  
Mandó que al enemigo entretuviese:  
A la Zorra que diese  
Ingeniosos ardides al intento.  
Uno gritó:—La Liebre y el Jumento,  
Éste por tardo, aquélla por medrosa,  
De estorbo servirán, no de otra cosa.  
—¿De estorbo? dijo el rey, yo no lo creo:  
En la Liebre tendremos un correo,  
Y en el Asno mis tropas un trompeta.  
Así quedó la armada bien completa.  
*Tu retrato es el León, conde prudente.*  
*Y si á tu imitación, según deseo,*  
*Examinan los jefes á su gente,*

A todos han de dar útil empleo.  
¿Por qué no lo han de hacer? ¿Habrá cucaña  
Como no hallar ociosos en España?

## Fábula II. La Lechera.

Llevaba en la cabeza  
Una Lechera el cántaro al mercado,  
Con aquella presteza,  
Aquel aire sencillo, aquel agrado,  
Que va diciendo á todo el que lo advierte:  
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!  
Porque no apetecía  
Más compañía que su pensamiento,  
Que alegre la ofrecía  
Inocentes ideas de contento.  
Marchaba sola la feliz Lechera,  
Y decía entre sí de esta manera:  
—Esta leche vendida,  
En limpio me dará tanto dinero;  
Y con esta partida  
Un canasto de huevos comprar quiero,  
Para sacar cien pollos, que al estío  
Me rodeen cantando el *pío, pío*.  
Del importe logrado  
De tanto pollo, mercaré un cochino;  
Con bellota, salvado,  
Berza, castaña engordará sin tino,  
Tanto que puede ser que yo consiga  
Ver como se le arrastra la barriga.  
Llevaréle al mercado,  
Sacaré de él sin duda buen dinero  
Compraré de contado  
Una robusta vaca y un ternero  
Que salte y corra toda la compañía

Hasta el monte cercano á la cabaña.  
Con este pensamiento  
Enajenada brinca de manera,  
Que á su salto violento  
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!  
¡Qué compasión! Á Dios leche, dinero,  
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.  
¡Oh loca fantasía,  
Qué palacios fabricas en el viento!  
Modera tu alegría,  
No sea que, saltando de contento,  
Al contemplar dichosa tu mudanza,  
Quiebre su cantarillo la esperanza.  
No seas ambiciosa  
De mejor ó más próspera fortuna,  
Que vivirás ansiosa,  
Sin que pueda saciarte cosa alguna.  
*No anheles impaciente el bien futuro,  
Mira que ni el presente está seguro.*

### **Fábula III. El Asno sesudo.**

Cierto Burro pacía  
En la fresca y hermosa pradería  
Con tanta paz, como si aquella tierra  
No fuese entonces teatro de la guerra.  
Su dueño, que con miedo le guardaba,  
De centinela en la ribera estaba:  
Divisa al enemigo en la llanura;  
Baja, y al buen Borrico le conjura  
Que huya precipitado.  
El asno muy sesudo y reposado  
Empieza á andar á paso perezoso.  
Impaciente su dueño y temeroso  
Con el marcial ruido  
De bélicas trompetas al oído,  
Le exhorta con fervor á la carrera.  
—¡Yo correr! dijo el Asno, ¡buena fuera!  
Que llegue en hora buena Marte fiero:  
Me rindo, y él me lleva prisionero.  
Servir aquí ó allí ¿no es todo uno?  
¿Me pondrán dos albardas? no, ninguno.  
Pues nada pierdo, nada me acobarda,  
Siempre seré un esclavo con albarda.  
No estuvo más en sí, ni más entero  
Que el buen Pollino, Amiclas el barquero,  
Cuando en su humilde choza le despierta  
César con sus soldados á la puerta,  
Para que á la Calabria los guiase.  
¿Se podría encontrar quién no temblase,  
Entre los poderosos,

De insultos militares horrorosos  
De la guerra enemiga?  
No hay sino la pobreza que consiga  
Esta grande exención; de aquí proviene:  
*Nada teme perder quien nada tiene.*

## **Fábula IV. El Zagal y las Ovejas.**

Apacentando un joven su ganado,  
Gritó desde la cima de un collado:  
¡Favor, que viene el lobo, labradores!  
Éstos, abandonando sus labores,  
Acuden prontamente,  
Y hallan que es una chanza solamente.  
Vuelve á clamar, y temen la desgracia:  
Segunda vez los burla: ¡linda gracia!  
¿Pero qué sucedió la vez tercera?  
Que vino en realidad la hambrienta fiera:  
Entonces el Zagal se desgañita;  
Y por más que patea, llora y grita,  
No se mueve la gente escarmentada,  
Y el lobo le devora la manada.  
*¡Cuántas veces resulta de un engaño  
Contra el engañador el mayor daño!*

## **Fábula V. El Águila, la Corneja y la Tortuga.**

Á una Tortuga un Águila arrebató:  
La ladrona se apura y desbarata  
Por hacerla pedazos,  
Ya que no con la garra, á picotazos.  
Viéndola una Corneja en tal faena,  
La dice:—En vano tomas tanta pena:  
¿No ves que es la Tortuga, cuya casa  
Diente, cuerno ni pico la traspasa;  
Y si siente que llaman á su puerta,  
Se finge la dormida, sorda ó muerta?—  
¿Pues qué he de hacer?—Remontarás tu vuelo  
Y en mirándote allá cerca del cielo,  
La dejarás caer sobre un peñasco  
Y se hará una tortilla el duro casco.  
La Águila, porque diestra lo ejecuta,  
Y la Corneja astuta,  
Por autora de aquella maravilla,  
Juntamente comieron la tortilla.  
*¿Qué podrá resistirse á un poderoso  
Guiado de un consejo malicioso?  
De éstos tales se aparta el que es prudente;  
Y así por escaparse de esta gente,  
Las descendientes de la tal Tortuga  
Á cuevas ignoradas hacen fuga.*

## Fábula VI. El Lobo y la Cigüeña.

Sin duda alguna que se hubiera ahogado  
Un Lobo con un hueso atragantado,  
Si á la sazón no pasa una Cigüeña.  
El paciente la ve, hácela seña;  
Llega, y ejecutiva  
Con su pico, jeringa primitiva,  
Cual diestro cirujano,  
Hizo la operación, y quedó sano.  
Su salario pedía,  
Pero el ingrato lobo respondía:  
—¿Tu salario? ¿pues qué más recompensa  
Que el no haberte causado leve ofensa,  
Y dejarte vivir para que cuentes  
Que pusiste tu vida entre mis dientes?  
Marchó, por evitar una desdicha,  
Sin decir tus ni mus la susodicha.  
Haz bien, dice el proverbio castellano,  
Y no sepas á quién; pero es muy llano  
Que no tiene razón ni por asomo:  
Es menester saber á quién y cómo.  
El ejemplo siguiente  
Nos hará esta verdad más evidente.

## **Fábula VII. El Hombre y la Culebra.**

Á una Culebra, que de frío yerta  
En el suelo yacía medio muerta,  
Un Labrador cogió; mas fué tan bueno,  
Que incautamente la abrigó en su seno.  
Apenas revivió, cuando la ingrata  
Á su gran bienhechor traidora mata.

## **Fábula VIII. El Pájaro herido de una flecha.**

Un Pájaro inocente  
Herido de una flecha,  
Guarnecida de acero  
Y de plumas ligeras,  
Decía en su lenguaje  
Con amargas querellas  
«¡Oh crueles humanos,  
Más crueles que fieras  
Con nuestras propias alas,  
Que la naturaleza  
Nos dió, sin otras armas  
Para propia defensa,  
Forjáis el instrumento  
De la desdicha nuestra,  
Haciendo que inocentes  
Prestemos la materia.  
Pero no, no es extraño  
Que así bárbaros sean  
Aquellos que, en su ruina,  
Trabajan, y no cesan.  
Los unos y otros fraguan  
Armas para la guerra;  
Y es dar contra sus vidas  
Plumas para las flechas.»

## Fábula IX. El Pescador y el Pez.

Recoge un Pescador su red tendida,  
Y saca un pececillo.—Por tu vida,  
Exclamó el inocente prisionero,  
Dame la libertad: sólo la quiero,  
Mira que no te engaño,  
Porque ahora soy ruin; dentro de un año  
Sin duda lograrás el gran consuelo  
De pescarme más grande que mi abuelo.  
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ríes de mi llanto?  
Sólo por otro tanto  
Á un hermanito mío  
Un señor Pescador lo tiró al río.—  
¡Por otro tanto al río? ¡qué manía!  
Replicó el Pescador; ¿pues no sabía  
Que el refrán castellano  
Dice: *Más vale pájaro en la mano...?*  
Á sartén te condeno, que mi panza  
No se llena jamás con la esperanza.

## **Fábula X. El Gorrión y la Liebre.**

Un maldito Gorrión así decía  
Á una Liebre, que un Águila oprimía:  
—¿No eres tú tan ligera,  
Que si el perro te sigue en la carrera,  
Le acarician y alaban como al cabo  
Acerque sus narices á tu rabo?  
Pues empieza á correr ¿qué te detiene?—  
De este modo la insulta, cuando viene  
El diestro Gavilán y le arrebató.  
El preso chilla, el prendedor le mata;  
Y la Liebre exclamó: Bien merecido:  
¿Quién te mandó insultar al afligido?  
¿Y á más, á más meterte á consejero,  
No sabiendo mirar por ti primero?

## Fábula XI. Júpiter y la Tortuga.

Á las bodas de Júpiter estaban  
Todos los animales convidados:  
Unos y otros llegaban  
Á la fiesta nupcial apresurados.  
No faltaba á tan grande concurrencia  
Ni aun la reptil y más lejana oruga,  
Cuando llega muy tarde y con paciencia  
Á paso perezoso la Tortuga.  
Su tardanza reprende el dios airado;  
Y ella le respondió sencillamente:  
—Si es mi casita mi retiro amado,  
¿Cómo podré dejarla prontamente?  
Por tal disculpa Júpiter Tonante,  
Olvidando el indulto de las fiestas,  
La ley del caracol le echó al instante,  
Que es andar con la casa siempre á cuestas.  
*Gentes machuchas hay que hacen alarde  
De que aman su retiro con exceso;  
Pero á su obligación acuden tarde:  
Viven como el ratón dentro del queso.*

## Fábula XII. El Charlatán.

«Si cualquiera de ustedes  
Se da por las paredes,  
Ó arroja de un tejado,  
Y queda á buen librar descostillado,  
Yo me reiré muy bien: importa un pito,  
Como tenga mi bálsamo exquisito».  
Con esta relación un chacharero  
Gana mucha opinión y más dinero;  
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,  
Más quiere á un charlatán que á veinte sabios.  
Por esta conveniencia  
Los hay el día de hoy en toda ciencia,  
Que ocupan igualmente acreditados  
Cátedras, academias y tablados.  
Prueba de esta verdad será un famoso  
Doctor en elocuencia, tan copioso  
En charlatanería,  
Que ofreció enseñaría  
A hablar discreto, con fecundo pico,  
En diez años de término á un borrico.  
Sábelo el rey, le llama, y al momento  
Le manda de lecciones á un jumento;  
Pero bien entendido.  
Que sería, cumpliendo lo ofrecido,  
Ricamente premiado;  
Mas cuando no, que moriría ahorcado.  
El doctor asegura nuevamente  
Sacar un orador asno elocuente.  
Dícele callandito un cortesano:

—Escuche, buen hermano,  
Su frescura me espanta:  
Á cáñamo me huele su garganta.  
—No temáis, señor mío,  
Respondió el Charlatán, pues yo me río.  
¿En diez años de plazo que tenemos,  
El rey, el asno ó yo no moriremos?  
Nadie encuentra embarazo  
En dar un largo plazo  
Á importantes negocios; mas no advierte  
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

### Fábula XIII. El Milano y las Palomas.

Á las tristes Palomas un Milano,  
Sin poderlas pillar, seguía en vano;  
Mas él á todas horas  
Servía de lacayo á estas señoras.  
Un día, en fin, hambriento é ingenioso,  
Así las dice:—¿Amáis vuestro reposo,  
Vuestra seguridad y conveniencia?  
Pues creedme en mi conciencia:  
En lugar de ser yo vuestro enemigo,  
Desde ahora me obligo,  
Si la banda por rey me aclama luego,  
A tenerla en sosiego,  
Sin que de garra ó pico tema agravio;  
Pues tocante á la paz seré un Octavio.—  
Las sencillas Palomas consintieron:  
Aclámanlo por rey: ¡Viva, dijeron,  
Nuestro rey el Milano!  
Sin esperar á más, este tirano  
Sobre un vasallo mísero se planta:  
Déjale con el viva en la garganta;  
Y continuando así sus tiranías,  
Acabó con el reino en cuatro días.  
Quien al poder se acoja de un malvado,  
Será, en vez de feliz, un desdichado.

## Fábula XIV. Las dos Ranas.

Tenían dos Ranas  
Sus pastos vecinos;  
Una en un estanque,  
Otra en un camino.  
Cierta día á ésta  
Aquélla le dijo:  
—¿Es creíble, amiga,  
De tu mucho juicio,  
Que vivas contenta  
Entre los peligros,  
Donde te amenazan,  
Al paso preciso,  
Los pies y las ruedas,  
Riesgos infinitos?  
Deja tal vivienda,  
Muda de destino:  
Sigue mi dictamen,  
Y vente conmigo.—  
En tono de mofa,  
Haciendo mil mimos,  
Respondió á su amiga:  
—¡Excelente aviso!  
¡Á mí novedades!  
¡Vaya, qué delirio!  
Eso si que fuera  
Darme el diablo ruido.  
¡Yo dejar la casa,  
Que fué domicilio  
De padres, abuelos

Y todos los míos,  
Sin que haya memoria  
De haber sucedido  
La menor desgracia  
Desde luengos siglos!  
—Allá te compongas:  
Mas ten entendido,  
Que tal vez suceda  
Lo que no se ha visto.—  
Llegó una carreta  
Á este tiempo mismo,  
Y á la triste Rana  
Tortilla la hizo.  
*Por hombres de seso*  
*Muchos hay tenidos,*  
*Que á nuevas razones*  
*Cierran los oídos.*  
*Recibir consejos*  
*Es un desvarío:*  
*La rancia costumbre*  
*Suele ser su libro.*

## **Fábula XV. El parto de los Montes.**

Con varios ademanes horrorosos  
Los Montes de parir dieron señales:  
Consintieron los hombres temerosos  
Ver nacer los abortos más fatales.  
Después que con bramidos espantosos  
Infundieron pavor á los mortales,  
Estos Montes, que al mundo estremecieron,  
Un ratoncillo fué lo que parieron.  
*Hay autores que, en voces misteriosas,  
Estilo fanfarrón y campanudo,  
Nos anuncian ideas portentosas;  
Pero suele á menudo  
Ser el gran parto de su pensamiento,  
Después de tanto ruido, sólo viento.*

## **Fábula XVI. Las Ranas pidiendo rey.**

Sin rey vivía libre, independiente,  
El pueblo de las Ranas felizmente.  
La amable libertad sólo reinaba  
En la inmensa laguna que habitaba.  
Mas las Ranas al fin un rey quisieron:  
Á Júpiter excelso lo pidieron.  
Conoce el Dios la súplica importuna,  
Y arroja un rey de palo á la laguna:  
Debió de ser sin duda buen pedazo,  
Pues dió su Majestad tan gran porrazo  
Que el ruido atemoriza al reino todo:  
Cada cual se zambulle en agua ó lodo;  
Y quedan en silencio tan profundo,  
Cual si no hubiese Ranas en el mundo.  
Una de ellas asoma la cabeza,  
Y viendo á la real pieza,  
Publica que el monarca es un zoquete.  
Congrégase la turba y, por juguete,  
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,  
Y piden otro rey, que aquel no es bueno.  
El padre de los dioses irritado,  
Envía á un culebrón, que á diente airado  
Muerde, traga, castiga,  
Y á la mísera grey al punto obliga  
Á recurrir al dios humildemente.  
Padeded, les responde, eternamente:  
Que así castigo á aquel que no examina  
Si su solicitud será su ruina.

## **Fábula XVII. El Asno y el Caballo.**

—¡Ah! ¡quien fuese Caballo!

Un Asno melancólico decía:

«Entonces sí que nadie me vería  
Flaco, triste y fatal como me hallo.

Tal vez un caballero

Me mantendría ocioso y bien comido;

Dándose su merced por muy servido

Con corvetas y saltos de carnero.

Trátanme ahora como vil y bajo,

De risa sirve mi contraria suerte:

Quien me apalea más, más se divierte,

Y menos como, cuando más trabajo.

No es posible encontrar sobre la tierra

Infeliz como yo.» Tal se juzgaba,

Cuando al Caballo ve como pasaba

Con su jinete y armas á la guerra.

Entonces conoció su desatino;

Rióse de corvetas y regalos,

Y dijo: Que trabaje y lluevan palos;

No me saquen los dioses de Pollino.

## Fábula XVIII. El Cordero y el Lobo.

Uno de los Corderos mamantones,  
Que para los glotonos  
Se crían sin salir jamás al prado,  
Estando en la cabaña muy cerrado,  
Vió por una rendija de la puerta  
Que el caballero Lobo estaba alerta,  
En silencio esperando astutamente  
Una calva ocasión de echarle el diente.  
Mas él, que bien seguro se miraba,  
Así le provocaba:  
—Sepa usted, seor Lobo, que estoy preso,  
Porque sabe el pastor que soy travieso;  
Mas si él no fuese bobo,  
No habría ya en el mundo ningún Lobo;  
Pues yo corriendo libre por los cerros,  
Sin pastores ni perros,  
Con sola mi pujanza y valentía  
Contigo y con tu raza acabaría.  
—¡Á Dios, exclamó el Lobo, mi esperanza  
De regalar á mi vacía panza!  
Cuando este miserable me provoca,  
Es señal de que se halla de mi boca  
Tan libre como el cielo de ladrones.  
*Así son los cobardes fanfarrones,  
Que se hacen en los puestos ventajosos  
Más valentones, cuanto más medrosos.*

## Fábula XIX. Las Cabras y los Chivos.

Desde antaño en el mundo  
Reina el vano deseo  
De parecer iguales  
Á los grandes señores los plebeyos.  
Las Cabras alcanzaron  
Que Júpiter excelso  
Les diese barba larga  
Para su autoridad y su respeto.  
Indignados los Chivos  
De que su privilegio  
Se extendiese á las Cabras,  
Lampiñas con razón en aquel tiempo;  
Sucedió la discordia  
Y los amargos celos  
Á la paz octaviana,  
Con que fué gobernado el barbón pueblo.  
Júpiter dijo entonces,  
Acudiendo al remedio:  
—¿Qué importa que las Cabras  
Disfruten un adorno propio vuestro,  
Si es mayor ignominia  
De su vano deseo,  
Siempre que no igualaren  
En fuerzas y valor á vuestro cuerpo?  
*El mérito aparente  
Es digno de desprecio;  
La virtud solamente  
Es del hombre el ornato verdadero.*

## Fábula XX. El Caballo y el Ciervo.

Perseguía un Caballo vengativo  
Á un Ciervo que le hizo leve ofensa:  
Mas hallaba segura la defensa  
En su veloz carrera el fugitivo.  
El vengador, perdida la esperanza  
De alcanzarle y lograr así su intento,  
Al hombre le pidió su valimiento  
Para tomar del ofensor venganza.  
Consiente el hombre; y el Caballo airado  
Sale con su jinete á la campaña,  
Corre con dirección, sigue con maña,  
Y queda al fin del ofensor vengado.  
Muéstrase al bienhechor agradecido,  
Quiere marcharse libre de su peso;  
Mas desde entonces mismo quedó preso  
Y eternamente al hombre sometido.  
El Caballo, que suelto y rozagante,  
En el frondoso bosque y prado ameno  
Su libertad gozaba tan de lleno,  
Padece sujeción desde ese instante.  
Oprimido del yugo ara la tierra;  
Pasa tal vez la vida más amarga;  
Sufre la silla, freno, espuela, carga,  
Y aguanta los horrores de la guerra.  
En fin, *perdió la libertad amable*  
*Por vengar una ofensa solamente.*  
*Tales los frutos son que ciertamente*  
*Produce la venganza detestable.*

# LIBRO TERCERO

## Fábula I. El Águila y el Cuervo.

Á DON TOMÁS DE IRIARTE

En mis versos, Iriarte,  
Ya no quiero más arte,  
Que poner á los tuyos por modelo.  
Á competir anhelo  
Con tu numen, que el sabio mundo admira,  
Si me prestas tu lira,  
Aquella en que tocaron dulcemente  
*Música y poesía juntamente.*  
Esto no puede ser: ordena Apolo  
Que digno solo tú, la pulses solo.  
¿Y por qué solo tú? ¿Pues cuando menos  
No he de hacer versos fáciles, amenos,  
Sin ambicioso ornato?  
¿Gastas otro poético aparato?  
Si tú sobre el Parnaso te empinases,  
Y desde allí cantases:  
*Risco tramonto de época altanera,*  
*Góngora que te siga, te dijera;*  
Pero si vas marchando por el llano,  
Cantándonos en verso castellano  
Cosas claras, sencillas, naturales,  
Y todas ellas tales,  
Que aun aquel que no entiende poesía  
Dice: *Eso yo también me lo diría;*  
¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso  
Antes que tú trepar por el Parnaso?  
No imploras las Sirenas, ni las Musas  
Ni de númenes usas,

Ni aun siquiera confías en Apolo.  
Á la naturaleza imploras sólo:  
Y ella sabia te dicta sus verdades.  
Yo te imito: no invoco á las deidades;  
Y por mejor consejo,  
Sea mi sacro numen cierto viejo;  
Esopo digo. Díctame, machucho,  
Una de tus patrañas, que te escucho.  
Una Águila rapante,  
Con vista perspicaz, rápido vuelo,  
Descendiendo veloz de junto al cielo,  
Arrebató un Cordero en un instante.  
Quiere un Cuervo imitarla: de un Carnero  
En el vellón sus uñas hacen presa:  
Queda enredado entre la lana espesa,  
Como pájaro en liga prisionero.  
Hacen de él los pastores vil juguete,  
Para castigo de su intento necio.  
Bien merece la burla y el desprecio  
El Cuervo que á ser Águila se mete.  
El Viejo me ha dictado esta patraña,  
Y astutamente así me desengaña.  
Esa facilidad, esa destreza  
Con que arrebató el Águila su pieza,  
Fué la que engañó al Cuervo, pues creía  
Que otro tanto, á lo menos, él haría.  
Mas ¿qué logró? servirle de escarmiento.  
Ojalá que sirviese á más de ciento  
Poetas de mal gusto inficionados:  
Y dijesen, cual yo desengañados,  
El Águila eres tú, divino Iriarte;  
Yo no pretendo más sino admirarte:  
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,  
Y no sea yo el Cuervo de la historia.

## **Fábula II. Los Animales con peste.**

En los montes, los valles y collados  
De animales poblados,  
Se introdujo la peste de tal modo,  
Que en un momento lo inficiona todo.  
Allí donde su corte el León tenía,  
Mirando cada día  
Las cacerías, luchas y carreras  
De mansos brutos y de bestias fieras,  
Se veían los campos ya cubiertos  
De enfermos miserables y de muertos.  
—Mis amados hermanos,  
Exclamó el triste rey, mis cortesanos,  
Ya véis que el justo cielo nos obliga  
Á implorar su piedad, pues nos castiga  
Con tan horrenda plaga:  
Tal vez se aplacará con que se le haga  
Sacrificio de aquel más delincuente,  
Y muera el pecador, no el inocente.  
Confiese todo el mundo su pecado:  
Yo cruel, sanguinario, he devorado  
Inocentes corderos;  
Ya vacas, ya terneros;  
Y he sido á fuerza de delito tanto  
De la selva terror, del bosque espanto.  
—Señor, dijo la Zorra, en todo eso  
No se halla más exceso  
Que el de vuestra bondad, pues que se digna  
De teñir en la sangre ruin, indigna  
De los viles cornudos animales,

Los sacros dientes, y las uñas reales.—  
Trató la corte al rey de escrupuloso:  
Allí del Tigre, de la Onza y Oso  
Se oyeron confesiones  
De robos y de muerte á millones;  
Mas entre la grandeza, sin lisonja,  
Pasaron por escrúpulos de monja.  
El Asno, sin embargo, muy confuso  
Prorrumpió:—Yo me acuso  
Que al pasar por un trigo este verano,  
Yo hambriento y él lozano,  
Sin guarda, ni testigo,  
Caí en la tentación, comí del trigo.  
—¡Del trigo! y ¡un Jumento!  
Gritó la Zorra, ¡horrible atrevimiento!  
Los cortesanos claman:—Éste, éste  
Irrita al cielo, que nos da la peste.  
Pronuncia el rey de muerte la sentencia,  
Y ejecutóla el Lobo á su presencia.  
*Te juzgarán virtuoso,*  
*Si eres, aunque perverso, poderoso;*  
*Y aunque bueno, por malo detestable*  
*Cuando te miran pobre y miserable.*  
*Esto hallará en la corte, quien la vea;*  
*Y aun el mundo todo ¡Pobre Astrea!*

### **Fábula III. El Milano enfermo.**

Un Milano, después de haber vivido  
Con la conciencia peor que un forajido,  
Enfermó gravemente.  
Supuesto que el paciente  
Ni á Galeno ni á Hipócrates leía,  
Á bulto conoció que se moría.  
Á los dioses desea ver propicios,  
Y ofrecerles entonces sacrificios  
Por medio de su madre, que afligida  
Rogarí sin duda por su vida.  
Mas ésta le responde:—Desdichado,  
¿Cómo podré alcanzar para un malvado  
De los dioses clemencia,  
Si, en vez de darles culto y reverencia,  
Ni aun perdonaste á víctima sagrada  
En las aras divinas inmolada?  
*Así queremos, irritando al cielo,  
Que en la tribulación nos dé consuelo.*

## Fábula IV. El León envejecido.

Al miserable estado  
De una cercana muerte reducido,  
Estaba ya postrado  
Un viejo León del tiempo consumido:  
Tanto más infeliz y lastimoso,  
Cuanto había vivido más dichoso.  
Los que cuando valiente,  
Humildes le rendían vasallaje,  
Al verlo decadente,  
Acuden á tratarle con ultraje;  
Que, como la experiencia nos enseña,  
Del árbol caído todos hacen leña.  
Cebados á porfía,  
Le sitiaban sangrientos y feroces.  
El Lobo le mordía;  
Tirábale el Caballo fuertes coces;  
Luego le daba el Toro una cornada;  
Después el Jabalí su dentellada.  
Sufrió constantemente  
Estos insultos; pero reparando  
Que hasta el Asno insolente  
Iba á ultrajarle, falleció clamando:  
—Esto es doble morir: no hay sufrimiento,  
Porque muero injuriado de un Jumento.  
*Si en su mudable vida  
Al hombre la Fortuna ha derribado  
Con misera caída  
Desde donde lo había ella encumbrado;  
¿Qué ventura en el mundo se promete,*

*Si aun de los viles llega á ser juguete?*

## Fábula V. La Zorra y la Gallina.

Una Zorra cazando,  
De corral en corral iba saltando  
Á favor de la noche en una aldea.  
Oye al Gallo cantar: «imaldito sea!»  
Agachada, y sin ruido,  
Á merced del olfato y del oído,  
Marcha, llega, y oliendo á un agujero,  
«Este es», dice; y se cuela al gallinero.  
Las aves se alborotan, menos una,  
Que estaba en cesta como niño en cuna,  
Enferma gravemente.  
Mirándola la Zorra astutamente,  
La pregunta:—¿Qué es eso, pobrecita?  
¿Cuál es tu enfermedad? ¿tienes pepita?  
Habla: ¿cómo lo pasas, desdichada?  
La enferma le responde apresurada:  
—Muy mal me va, señora, en este instante;  
Muy bien, si usted se quita de delante.  
*iCuántas veces se vende un enemigo,  
Como gato por liebre, por amigo!*  
Al oír su fingido cumplimiento,  
Respondiérale yo para escarmiento:  
Muy mal me va, señor, en este instante;  
Muy bien, si usted se quita de delante.

## Fábula VI. La Cierva y el León.

Más ligera que el viento  
Precipitada huía  
Una inocente Cierva  
De un cazador seguida.  
En una oscura gruta,  
Entre espesas encinas,  
Atropelladamente  
Entró la fugitiva.  
Mas ¡ay! que un León sañudo,  
Que allí mismo tenía  
Su albergue, y era susto  
De la selva vecina,  
Cogiendo entre sus garras  
Á la res fugitiva,  
Dió con cruel fiereza  
Fin sangriento á su vida.  
*Si al evitar los riesgos  
La razón no nos guía,  
Por huir de un tropiezo  
Damos mortal caída.*

## **Fábula VII. El León enamorado.**

Amaba un León á una Zagala hermosa:  
Pidióla por esposa  
Á su padre pastor urbanamente.  
El hombre temeroso, mas prudente,  
Le respondió:—Señor, en mi conciencia,  
Que la muchacha logra conveniencia;  
Pero la pobrecita, acostumbrada  
Á no salir del prado y la majada,  
Entre la mansa oveja y el cordero,  
Recelará tal vez, que seas fiero.  
No obstante, bien podremos, si consientes,  
Cortar tus uñas, y limar tus dientes;  
Y así verá que tiene tu grandeza  
Cosas de majestad, no de fiereza.  
Consiente el manso León enamorado,  
Y el buen hombre le deja desarmado.  
Da luego su silbido:  
Llegan el Matalobos y Atrevido,  
Perros de su cabaña; de esta suerte  
Al indefenso León dieron la muerte.  
*Un cuarto apostaré á que en este instante  
Dice, hablando del León, algún amante,  
Que de la misma muerte haría gala,  
Con tal que se la diese la zagala.  
Deja, Fabio, el amor, déjalo luego;  
Mas hablo en vano, porque siempre ciego,  
No ves el desengaño,  
Y así te entregas á tu propio daño.*

## **Fábula VIII. Congreso de los Ratones.**

Desde el gran Zapirón, el blanco y rubio,  
Que, después de las aguas del diluvio,  
Fué padre universal de todo gato,  
Ha sido Miauragato  
Quien más sangrientamente  
Persiguió á la infeliz ratona gente.  
Lo cierto es, que obligada  
De su persecución la desdichada,  
En Ratópolis tuvo su congreso.  
Propuso el elocuente Roequeso  
Echarle un cascabel, y de esa suerte  
Al ruido escaparían de la muerte.  
El proyecto aprobaron uno á uno.  
¿Quién lo ha de ejecutar? eso ninguno.  
—Yo soy corto de vista, yo muy viejo,  
Yo gotoso, decían. El consejo  
Se acabó como muchos en el mundo.  
Proponen un proyecto sin segundo:  
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!  
¿Pero la ejecución? ahí está el cuento.

## **Fábula IX. El Lobo y la Oveja.**

Cruzando montes y trepando cerros,  
Aquí mato, allí robo,  
Andaba cierto Lobo,  
Hasta que dió en las manos de los perros.  
Mordido y arrastrado  
Fué de sus enemigos cruelmente:  
Quedó con vida milagrosamente,  
Mas inválido al fin y derrotado.  
Iba el tiempo curando su dolencia,  
El hambre al mismo paso le afligía;  
Pero, como cazar aun no podía,  
Con las hierbas hacía penitencia.  
Una Oveja pasaba, y él la dice:  
—Amiga, ven acá: llega al momento:  
Enfermo estoy, y muero de sediento:  
Socorre con el agua á este infelice.  
—¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?  
Le responde la Oveja recelosa;  
Díme pues una cosa:  
¿Sin duda que será para enjuagarte,  
Limpiar bien el garguero,  
Abrir el apetito,  
Y tragarme después como á un pollito?  
¡Anda, que te conozco, marrullero!  
Así dijo, y se fué; si no, la mata.  
¡Cuánto importa saber con quien se trata!

## **Fábula X. El Hombre y la Pulga.**

—Oye, Júpiter sumo, mis querellas,  
Y haz, disparando rayos y centellas,  
Que muera este animal vil y tirano,  
Plaga fatal para el linaje humano;  
Y si vos no lo hacéis, Hércules sea  
Quien acabe con él y su ralea.  
Este es un Hombre que á los dioses clama,  
Porque una Pulga le picó en la cama,  
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,  
Que de Júpiter y Hércules consiga,  
De éste, que viva despulgando sayos;  
De aquél, matando pulgas con sus rayos.  
*Tenemos en el cielo los mortales  
Recurso en las desdichas y los males;  
Mas se suele abusar frecuentemente,  
Por lograr un antojo impertinente.*

## **Fábula XI. El Cuervo y la Serpiente.**

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,  
Y al quererse cebar en ella hambriento,  
Le mordió venenosa. Sepa el cuento  
Quien sigue á su apetito incautamente.

## Fábula XII. El Asno y las Ranas.

Muy cargado de leña un Burro viejo,  
Triste armazón de huesos y pellejo,  
Pensativo, según lo cabizbajo,  
Caminaba, llevando con trabajo  
Su débil fuerza la pesada carga.  
El paso tardo, la carrera larga,  
Todo al fin contra el mísero se empeña,  
El camino, los años y la leña.  
Entra en una laguna el desdichado,  
Queda profundamente empantanado.  
Viéndose de aquel modo,  
Cubierto de agua y lodo,  
Trocando lo sufrido en impaciente,  
Contra el destino dijo neciamente  
Expresiones ajenas de sus canas.  
Mas las vecinas Ranas,  
Al oír sus lamentos y quejidos,  
Las unas se tapaban los oídos,  
Las otras, que prudentes lo escuchaban,  
Reprendíanle así, y aconsejaban:  
«—Aprenda el mal Jumento  
Á tener sufrimiento,  
Que entre las que habitamos la laguna,  
Ha de encontrar lección muy oportuna.  
Por Júpiter estamos condenadas  
Á vivir sin remedio encenagadas  
En agua detenida, lodo espeso;  
Y á más de todo eso,  
Aquí perpetuamente nos encierra,

Sin esperanza de correr la tierra,  
Cruzar el anchuroso mar profundo,  
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.  
Mas llevamos á bien nuestro destino,  
Y así nos premia Júpiter divino,  
Repartiendo entre todas cada día  
La salud, el sustento y alegría.»  
*Es de suma importancia  
Tener en los trabajos tolerancia;  
Pues la impaciencia, en la contraria suerte,  
Es un mal más amargo que la muerte.*

## Fábula XIII. El Asno y el Perro.

Un Perro y un Borrico caminaban  
Sirviendo á un mismo dueño.  
Rendido éste del sueño,  
Se tendió sobre el prado que pasaban.  
El Borrico entre tanto aprovechado,  
Descansa y paze; mas el Perro hambriento,  
—Bájate, le decía, buen Jumento,  
Pillaré de la alforja algún bocado.  
El Asno se le aparta como en chanza:  
El Perro sigue al lado del Borrico,  
Levantando las manos y el hocico,  
Como perro de ciego cuando danza.  
—No seas bobo, el Asno le decía:  
Espera á que nuestro amo se despierte,  
Y será de esa suerte  
El hambre más, mejor la compañía.  
Desde el bosque entre tanto sale un lobo:  
Pide el Asno favor al compañero:  
En lugar de ladrar el marrullero,  
Con fisga respondió:—No seas bobo,  
Espera á que nuestro amo se despierte,  
Que pues me aconsejaste la paciencia,  
Yo la sabré tener en mi conciencia,  
Al ver al Lobo que te da la muerte.  
*El Pollino murió: no hay que dudarlo;*  
*Mas si resucitara,*  
*Corriendo el mundo á todos predicara:*  
*Prestad auxilio, si queréis hallarlo.*

## Fábula XIV. El León y el Asno cazando.

Su Majestad leonesa, en compañía  
De un Borrico, se sale á montería.  
En la parte al intento acomodada,  
Formando el mismo León una enramada,  
Mandó al Asno que en ella se ocultase,  
Y que de tiempo en tiempo rebuznase  
Como trompa de caza en el ojeo.  
Logró el rey su deseo;  
Pues apenas se vió bien apostado,  
Cuando al son del rebuzno destemplado,  
Que los montes y valles repetían,  
su selvoso albergue se volvían  
Precipitadamente  
Las fieras enemigas juntamente;  
Y en su cobarde huída  
En las garras del León pierden la vida.  
Cuando el Asno sé halló con los despojos  
De devoradas fieras á sus ojos,  
Dijo:—Pardiez, si llego más temprano,  
Á ningún muerto dejo hueso sano.  
Á tal fanfarronada  
Soltó el rey una grande carcajada:  
Y es que jamás convino  
Hacer del andaluz al vizcaíno.

## Fábula XV. El Charlatán y el Rústico.

—Lo que jamás se ha visto, ni se ha oído  
Verán ustedes: atención les pido.  
Así decía un Charlatán famoso,  
Cercado de un concurso numeroso.  
En efecto: quedando todo el mundo  
En silencio profundo,  
Remedó á un cochinito de tal modo,  
Que el auditorio todo,  
Creyendo que le tiene y que le tapa,  
Atumultuado grita—*¡fuera capa!*  
Descubrióse, y al ver que nada había,  
Con vítores le aclaman á porfía.  
—Pardiez, dijo un Patán, que yo prometo  
Para mañana, hablando con respeto,  
Hacer el puerco más perfectamente;  
Si no, que me lo claven en la frente.  
Con risa prometió la concurrencia,  
Á burlarse del Payo, su asistencia.  
Llegó la hora, todos acudieron:  
No bien al Charlatán gruñir oyeron  
Gentes á su favor preocupadas,  
*¡Viva!* dicen, al son de las palmadas.  
Sube después el Rústico al tablado  
Con un bulto en la capa, y embozado,  
Imita al Charlatán en la postura  
De fingir que un lechón tapar procura;  
Mas estaba la gracia en que era el bulto  
Un marranillo que tenía oculto.  
Tírale callandito de la oreja:

Gruñendo en tiple, el animal se queja;  
Pero, al creer que es remedo el tal gruñido,  
Aquí se oía un *ifuera!* allí un silbido,  
Y todo el mundo queda  
En que es el otro quien mejor remeda.  
El Rústico descubre su marrano;  
Al público lo enseña, y dice ufano:  
—¿Así juzgan ustedes?  
*¡Oh preocupación, y cuánto puedes!*

# LIBRO CUARTO

## Fábula I. La Mona corrida.

EL AUTOR Á SUS VERSOS.

Fieras, aves y peces  
Corren, vuelan y nadan,  
Porque Júpiter sumo  
Á general congreso á todos llama.  
Con sus hijos se acercan,  
Y es que un premio señala  
Para aquel, cuya prole  
En hermosura lleve la ventaja.  
El alto regio trono  
La multitud cercaba,  
Cuando en la concurrencia  
Se sentía decir:—*La mona falta.*  
—Ya llega, dijo entonces  
Una habladora Urraca,  
Que como centinela,  
En la alta punta de un ciprés estaba.  
Entra rompiendo filas,  
Con su cachorro ufana,  
Y ante el excelso trono  
El premio pide de hermosura tanta.  
El dios Júpiter quiso,  
Al ver tan fea traza,  
Disimular la risa,  
Pero se le soltó la carcajada.  
Armóse en el concurso  
Tal bulla y algazara,  
Que corrida la Mona  
Á Tetuán se volvió desengañada.

¿Es creíble, señores,  
Que yo mismo pensara  
En consagrar á Apolo  
Mis versos, como dignos de su gracia?  
Cuando por mi fortuna  
Me encontré esta mañana,  
Continuando mi obrilla,  
Este cuento moral, esta patraña,  
Yo dije á mi capote:  
¡Con qué chiste, qué gracia,  
Y qué vivos colores  
El jorobado Esopo me retrata!  
Mas ya mis producciones  
Miro con desconfianza,  
Porque aprendo en la Mona  
Cuánto el ciego amor propio nos engaña.

## Fábula II. El Asno y Júpiter.

«—No sé como hay jumento,  
Que teniendo un adarme de talento,  
Quiera meterse á burro de hortelano.  
Llevo á la plaza desde muy temprano  
Cada día cien cargas de verdura:  
Vuelvo con otras tantas de basura;  
Y para minorar mi pesadumbre,  
Un criado me azota por costumbre.  
Mi vida es ésta: ¿qué será mi muerte,  
Como no mude Júpiter mi suerte?»  
Un Asno de este modo se quejaba.  
El dios, que sus lamentos escuchaba,  
Al dominio lo entrega de un tejero.  
—Esta vida, decía, no la quiero:  
Del peso de las tejas oprimido,  
Bien azotado, pero mal comido.  
Á Júpiter me voy con el empeño  
De lograr nuevo dueño.  
Envióle á un curtidor. Entonces dice:  
—Aun con este amo soy más infelice:  
Cargado de pellejos de difunto,  
Me hace correr sin sosegar un punto,  
Para matarme sin llegar á viejo,  
Y curtir al instante mi pellejo.  
Júpiter, por no oír tan largas quejas,  
Se tapó lindamente las orejas,  
Y á nadie escucha desde el tal Pollino,  
Si le habla de mudanza de destino.  
Sólo en verso se encuentran los dichosos,

Que viven ni envidiados, ni envidiosos.  
La espada por feliz tiene al arado,  
Como el remo á la pluma y al cayado;  
Mas se tienen por míseros en suma  
Remo, espada, cayado, esteva y pluma.  
¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?  
Al propio nunca, pero sí al ajeno.

### **Fábula III. El Cazador y la Perdiz.**

Una Perdiz, en celo reclamada,  
Vino á ser en la red aprisionada.  
Al Cazador la mísera decía:  
—Si me das libertad, en este día  
Te he de proporcionar un gran consuelo;  
Por ese campo extenderé mi vuelo:  
Juntaré á mis amigas en bandada,  
Que guiaré á tus redes engañada,  
Y tendrás, sin costarte dos ochavos,  
Doce perdices como doce pavos.  
—¡Engañar y vender á tus amigas!  
¿Y así crees que me obligas?  
Respondió el Cazador; pues no, señora:  
Muere y paga la pena de traidora.  
*La perdiz fué bien muerta, no es dudable:  
La traición, aun soñada, es detestable.*

## **Fábula IV. El Viejo y la Muerte.**

Entre montes por áspero camino,  
Tropezando con una y otra peña,  
Iba un Viejo cargado con su leña  
Maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte  
Que apenas levantarse ya podía,  
Llamaba con colérica porfia  
Una, dos y tres veces á la muerte.  
Armada de guadaña en esqueleto,  
La Parca se le ofrece en aquel punto;  
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,  
Lleno más de terror que de respeto,  
Trémulo la decía, y balbuciente:  
—Yo... señora... os llamé desesperado;  
Pero...—Acaba: ¿qué quieres desdichado?  
—Que me carguéis la leña solamente.  
*Tenga paciencia quien se cree infelice,  
Que aun en la situación más lamentable,  
Es la vida del hombre siempre amable:  
El Viejo de la leña nos lo dice.*

## **Fábula V. El Enfermo y el Médico.**

Un miserable enfermo se moría,  
Y el Médico importuno le decía:  
—Usted se muere, yo se lo confieso,  
Pero por la alta ciencia que profeso,  
Conozco, y le aseguro firmemente,  
Que ya estuviera sano,  
Si se hubiese acudido más temprano  
Con el benigno clíster detergente.  
El triste enfermo, que lo estaba oyendo,  
Volvió la espalda al Médico diciendo:  
—Señor Galeno, su consejo alabo:  
Al asno muerto la cebada al rabo.  
*Todo varón prudente  
Aconseja en el tiempo conveniente;  
Que es hacer de la ciencia vano alarde,  
Dar el consejo cuando llega tarde.*

## **Fábula VI. La Zorra y las Uvas.**

Es voz común que á más del medio día  
En ayunas la Zorra iba cazando:  
Halla una parra, quédase mirando  
De la alta vid el fruto que pendía.  
Causábale mil ansias y congojas  
No alcanzar á las uvas con la garra,  
Al mostrar á sus dientes la alta parra  
Negros racimos entre verdes hojas.  
Miró, saltó, y anduvo en probaduras;  
Pero vió el imposible ya de fijo.  
Entonces fué cuando la Zorra dijo:  
«No las quiero comer; no están maduras».  
*No por eso te muestres impaciente,  
Si se te frustra, Fabio, algún intento.  
Aplica bien el cuento,  
Y dí, No están maduras, frescamente.*

## Fábula VII. La Cierva y la Viña.

Huyendo de enemigos cazadores  
Una Cierva ligera  
Siente, ya fatigada en la carrera,  
Más cercanos los perros y ojeadores.  
No viendo la infeliz algún seguro  
Y vecino paraje  
De gruta ó de ramaje,  
Crece su timidez, crece su apuro.  
Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,  
Continúa la fuga presurosa:  
Halla al paso una Viña muy frondosa,  
Y en lo espeso se oculta con presteza.  
Cambia el susto y pesar en alegría,  
Viéndose á paz y salvo en tan buen hora;  
Olvida el bien, y de su defensora  
Los frescos verdes pámpanos comía.  
Mas ¡ay! que de esta suerte,  
Quitando ella las hojas de delante,  
Abrió puerta á la flecha penetrante,  
Y el listo cazador le dió la muerte.  
Castigó con la pena merecida  
El justo cielo á la Cierva ingrata.  
*Mas ¿qué puede esperar el que maltrata  
Al mismo que le está dando la vida?*

## Fábula VIII. El Asno cargado de Reliquias.

De reliquias cargado  
Un Asno recibía adoraciones,  
Como si á él se hubiesen consagrado  
Reverencias, inciensos y oraciones.  
En lo vano, lo grave y lo severo  
Que se manifestaba,  
Hubo quien conoció que se engañaba,  
Y le dijo:—Yo infiero  
De vuestra vanidad vuestra locura.  
El reverente culto que procura  
Tributar cada cual este momento,  
No es dirigido á vos, señor Jumento;  
Que sólo va en honor, aunque lo sientas,  
De la sagrada carga que sustentas.  
*Cuando un hombre sin mérito estuviere  
En elevado empleo ó gran riqueza,  
Y se ensoberbeciere  
Porque todos le bajan la cabeza;  
Para que su locura no prosiga,  
Tema encontrar tal vez con quien le diga:  
—Señor jumento, no se engría tanto,  
Que si besan la peana, es por el santo.*

## **Fábula IX. Los dos Machos.**

Dos Machos caminaban: el primero,  
Cargado de dinero,  
Mostrando su penacho envanecido,  
Iba marchando erguido  
Al son de los redondos cascabeles.  
El segundo, desnudo de oropeles,  
Con un pobre aparejo solamente,  
Alargando el pescuezo eternamente,  
Seguía de reata su jornada  
Cargado de costales de cebada.  
Salen unos ladrones, y al instante  
Asieron de la rienda al arrogante:  
Él se defiende, ellos le maltratan;  
Y después que el dinero le arrebatan,  
Huyen, y dice entonces el segundo:  
—*Si á estos riesgos exponen en el mundo  
Las riquezas, no quiero, á fe de Macho,  
Dinero, cascabeles ni penacho.*

## Fábula X. El Cazador y el Perro.

Mustafá (Perro viejo,  
Lebrel en montería ejercitado,  
Y de antiguas heridas señalado  
Á colmillo y á cuerno su pellejo)  
Seguía á un Jabalí sin esperanza  
De poderle alcanzar; pero no obstante,  
Azuzándole su amo á cada instante,  
Á duras penas Mustafá le alcanza.  
El cerdoso valiente  
No escuchaba recados á la oreja;  
Y así su resistencia no le deja  
Cebiar al Perro su cansado diente:  
Con airado colmillo le rechaza,  
Y bufando se marcha victorioso.  
El cazador furioso  
Reniega del Lebrel y de su raza.  
—Viejo estoy, le responde, ya lo veo;  
Mas dí, sin Mustafá ¿cuándo tuvieras  
Las pieles y cabezas de las fieras  
En tu casa de abrigo y de trofeo?  
Miras á lo que soy, no á lo que he sido.  
¡Oh suerte desgraciada!  
Presente tienes mi vejez cansada,  
Y mis robustos años en olvido.  
Mas ¿para que me mato,  
Si no he de conseguir cosa ninguna?  
*Es ladrar á la luna*  
*El alegar servicios al ingrato.*

## **Fábula XI. La Tortuga y el Águila.**

Una Tortuga á una Águila rogaba  
La enseñase á volar; así la hablaba:  
—Con sólo que me des cuatro lecciones,  
Ligera volaré por las regiones:  
Ya remontado el vuelo,  
Por medio de los aires, hasta el cielo,  
Veré cercano al sol y las estrellas,  
Y otras cien cosas bellas:  
Ya rápida bajando,  
De ciudad en ciudad iré pasando;  
Y de este fácil delicioso modo  
Lograré en pocos días verlo todo.  
El Águila se rió del desatino:  
La aconseja que siga su destino,  
Cazando torpemente con paciencia,  
Pues lo dispuso así la Providencia.  
Ella insiste en su antojo ciegamente:  
La reina de las aves prontamente  
La arrebató, la lleva por las nubes:  
—Mira, la dice, mira cómo subes.  
Y al remontarla, dijo—¿Vas contenta?  
Se la deja caer, y se revienta.  
*Para que así escarmiente  
Quien desprecia el consejo del prudente.*

## Fábula XII. El León y el Ratón.

Estaba un Ratoncillo aprisionado  
En las garras de un León: el desdichado  
En la tal ratonera no fué preso  
Por ladrón de tocino ni de queso,  
Sino porque con otros molestaba  
Al León que en su retiro descansaba.  
Pide perdón llorando su insolencia;  
Al oír implorar la real clemencia,  
Responde el rey en majestuoso tono:  
(No dijera más Tito)—Te perdono.  
Poco después, cazando el León, tropieza  
En una red oculta en la maleza;  
Quiere salir, mas queda prisionero:  
Atronando la selva, ruge fiero.  
El libre Ratoncillo, que lo siente,  
Corriendo llega, roe diligente  
Los nudos de la red, de tal manera,  
Que al fin rompió los grillos de la fiera.  
*Conviene al poderoso  
Para los infelices ser piadoso:  
Tal vez se puede ver necesitado  
Del auxilio de aquel más desdichado.*

### **Fábula XIII. Las Liebres y las Ranas.**

Asustadas las Liebres de un estruendo,  
Echaron á correr todas diciendo:

«Á quien la vida cuesta tanto susto,  
La muerte causará menos disgusto.»

Llegan á una laguna de esta suerte  
Á dar en lo profundo con la muerte.

Al ver á tanta Rana, que asustada  
Á las aguas se arroja á su llegada:

«—¡Hola! dijo una Liebre ¿con que hay otras  
Tan tímidas que aun tiemblan de nosotras?  
Pues suframos como ellas el destino»:

Conocieron sin más su desatino.

*Así la suerte adversa es tolerable,  
Comparada con otra miserable.*

## Fábula XIV. El Gallo y el Zorro.

Un Gallo muy maduro  
De edad provecta, duros espolones,  
Pacífico y seguro,  
Sobre un árbol oía las razones  
De un Zorro muy cortés y muy atento,  
Más elocuente cuanto más hambriento.  
—Hermano, le decía,  
Ya cesó entre nosotros una guerra,  
Que cruel repartía  
Sangre y plumas al viento y á la tierra:  
Baja, daré para perpetuo sello  
Mis amorosos brazos á tu cuello.  
—Amigo de mi alma,  
Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso  
En deliciosa calma  
Deja esta vez mi espíritu suspenso!  
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso  
Á gozar en tu seno mi reposo;  
Pero aguarda un instante  
Porque vienen ligeros como el viento,  
Y ya están adelante  
Dos correos que llegan al momento,  
De esta noticia portadores fieles,  
Y son, según la traza, dos lebreles.  
—Á Dios, á Dios, amigo,  
Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado;  
Luego hablaré contigo  
Para finalizar este tratado.  
El Gallo se quedó lleno de gloria,

Cantando en esta letra su victoria:  
Siempre trabaja en su daño  
El astuto engañador:  
Á un engaño hay otro engaño,  
Á un pícaro otro mayor.

## Fábula XV. El León y la Cabra.

Un señor León andaba como un perro  
Del valle al monte, de la selva al cerro,  
Á caza, sin hallar pelo ni lana,  
Perdiendo la paciencia y la mañana.  
Por un risco escarpado  
Ve trepar á una Cabra á lo encumbrado,  
De modo que parece que se empeña  
En hacer creer al León que se despeña.  
El pretender seguirla fuera en vano:  
El cazador entonces cortesano  
La dice:—Baja, baja, mi querida,  
No busques precipicios á tu vida:  
En el valle frondoso  
Pacerás á mi lado con reposo.  
—¿Desde cuándo, señor, la real persona  
Cuida con tanto amor de la barbona?  
Esos halagos tiernos  
No son por bien, apostaré los cuernos.  
Así le respondió la astuta Cabra;  
Y él se fué sin replicar palabra.  
*Lo paga la infeliz con el pellejo,  
Si toma sin examen el consejo.*

## **Fábula XVI. La Hacha y el Mango.**

Un hombre, que en el bosque se miraba  
Con una Hacha sin Mango, suplicaba  
Á los árboles diesen la madera  
Que más sólida fuera,  
Para hacerle uno fuerte y muy durable.  
Al punto la arboleda innumerable  
Le cedió el acebuche. Y él contento,  
Perfeccionando luego su instrumento,  
De rama en rama va cortando á gusto  
Del alto roble el brazo más robusto.  
Ya los árboles todos recorría,  
Y mientras los mejores elegía,  
Dijo la triste Encina al Fresno: «Amigo,  
*¡Infeliz del que ayuda á su enemigo!*»

## **Fábula XVII. La Onza y los Pastores.**

En una trampa una Onza inadvertida  
Dió mísera caída.  
Al verla sin defensa,  
Corrieron á la ofensa  
Los vecinos Pastores,  
No valerosos, pero sí traidores.  
Cada cual por su lado  
La maltrataba airado,  
Hasta dejar sus fuerzas desmayadas,  
Unos á palos, otros á pedradas:  
Al fin la abandonaron por perdida.  
Pero viéndola dar muestras de vida,  
Cierta Pastor, dolido de su suerte,  
Por evitar su muerte,  
Le arrojó la mitad de su alimento,  
Con que pudiese recobrar aliento.  
Llega la noche, témplase la saña,  
Marchan á descansar á la cabaña,  
Todos con esperanza muy fundada  
De hallarla muerta por la madrugada.  
Mas la fiera entre tanto,  
Volviendo poco á poco del quebranto,  
Toma nuevo valor y fuerza nueva;  
Salta, deja la trampa, va á su cueva,  
Y al sentirse del todo reforzada,  
Sale ligera, pero más airada.  
Ya destruye ganados,  
Ya deja á los Pastores destrozados;  
Nada aplaca su cólera violenta,

Todo lo tala, en todo se ensangrienta;  
El buen Pastor, por quien tal vez vivía,  
Lleno de horror, la vida le pedía.  
—No serás maltratado,  
Dijo la Onza, vive descuidado;  
Que yo sólo persigo á los traidores  
Que me ofendieron, no á mis bienhechores.  
*Quien hace agravios, tema la venganza:  
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.*

## **Fábula XVIII. El Grajo vano.**

Con las plumas de un Pavo

Un Grajo se vistió: pomposo y bravo

En medio de los pavos se pasea.

La manada lo advierte, lo rodea,

Todos le pican, burlan y lo envían,

¿Dónde, si ni los grajos lo querían?

¿Cuánto ha que repetimos este cuento,

*Sin que haya en los plagiarios escarmiento?*

## Fábula XIX. El Hombre y la Comadreja.

Así decía cierta Comadreja  
Á un Hombre que la había aprisionado:  
—¿Por qué no me dejáis? ¿Os he yo dado  
Motivo de disgusto ni de queja?  
¿No soy la que desvanes y rincones,  
Tu casa toda, cual si fuese mía,  
Cuidadosa registro noche y día,  
Para que vivas libre de ratones?—  
—¡Gran fineza por cierto!  
El Hombre respondió: pues di, ladrona,  
Si tu glotonería no perdona  
Ni á ratón vivo, ni á cochino muerto,  
Ni á cuanto guardan ruines despenseras,  
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura  
Por mi bien los ratones? ¡Qué locura!  
No tendría yo malas tragaderas:  
Morirás. Y el astuto que pretenda  
Vender como fineza lo que ha hecho  
Sin mirar á más fin que á su provecho,  
Sabra que hay en el mundo quien lo entienda.

## **Fábula XX. Batalla de las Comadreas y los Ratones.**

Vencidos los Ratones,  
Huían con presteza  
De una atroz, enemiga  
Tropa de Comadreas.  
Marchaban con desorden,  
Que, cuando el miedo reina,  
Es la confusión sola  
El jefe que gobierna.  
Llegaron presurosos  
Á sus angostas cuevas,  
Logrando los soldados  
Entrar á duras penas;  
Pero los capitanes,  
Que en las estrechas puertas  
Quedaron atascados  
Sin ninguna defensa,  
Á causa de unos cuernos  
Puestos en las cabezas,  
Para ser de sus tropas  
Vistos en la refriega,  
Fueron las desdichadas  
Víctimas de la guerra;  
Haciendo de sus cuerpos  
Pasto las Comadreas.  
*iCuántas veces los hombres  
Distinciones anhelan,  
Y suelen ser la causa  
De sus desdichas ellas!  
Si Júpiter dispara*

Sus rayos á la tierra,  
Antes que á las cabañas,  
Á los palacios y á las torres llegan.

## **Fábula XXI. El León y la Rana.**

Una lóbrega noche silenciosa,  
Iba un León horroroso,  
Con mesurado paso majestuoso  
Por una selva: oyó una voz ruidosa,  
Que con tono molesto y continuado  
Llamaba la atención, y aun el cuidado  
Del reinante animal, que no sabía  
De qué bestia feroz quizá saldría  
Aquella voz, que tanto más sonaba  
Cuanto más en silencio todo estaba.  
Su Majestad leonesa  
La selva toda registrar procura;  
Mas nada encuentra con la noche obscura,  
Hasta que pudo ver, ¡oh qué sorpresa!  
Que sale de un estanque, á la mañana,  
La tal bestia feroz, y era una Rana.  
*Llamará la atención de mucha gente  
El charlatán con su manía loca;  
Mas ¿qué logra, si al fin verá el prudente  
Que no es sino una Rana, todo boca?*

## Fábula XXII. El Ciervo y los Bueyes.

Con inminente riesgo de la vida  
Un ciervo se escapó de la batida,  
Y en la quinta cercana de repente  
Se metió en el establo incautamente.  
Dícele un Buey:—¿Ignoras, desdichado,  
Que aquí viven los hombres? ¡ah cuidado!  
Detente, y hallarás tanto reposo,  
Como perdiz en boca de raposo.  
El Ciervo respondió:—Pero, no obstante,  
Dejadme descansar algún instante,  
Y en la ocasión primera  
Al bosque espeso emprendo mi carrera.  
Oculto en el ramaje permanece:  
Á la noche el boyero se aparece,  
Al ganado reparte el alimento:  
Nada divisa; sálese al momento.  
El mayoral y los criados entran,  
Y tampoco lo encuentran.  
Libre de aquel apuro,  
El Ciervo se contaba por seguro;  
Pero el Buey más anciano  
Le dice:—Qué ¿te alegras tan temprano?  
Si el amo llega, lo perdiste todo:  
Yo le llamo Cienojos por apodo;  
Mas chitón, que ya viene.—  
Entra Cienojos, todo lo previene;  
Á los rústicos dice:—No hay consuelo:  
Las colleras tiradas por el suelo,  
Limpio el pesebre, pero muy de paso,

El ramaje muy seco y más escaso;  
Seor mayoral, ¿es éste buen gobierno?  
En esto mira al enramado cuerno  
Del triste Ciervo: grita, acuden todos  
Contra el pobre animal de varios modos;  
Y á la rústica usanza  
Se celebró la fiesta de matanza.  
*Esto quiere decir que el amo bueno  
No se debe fiar del ojo ajeno.*

## **Fábula XXIII. Los Navegantes.**

Lloraban unos tristes pasajeros,  
Viendo su pobre nave combatida  
De recias olas y de vientos fieros,  
Ya casi sumergida;  
Cuando súbitamente  
El viento calma, el cielo se serena,  
Y la afligida gente  
Convierte en risa la pasada pena.  
Mas el piloto estuvo muy sereno,  
Tanto en la tempestad como en bonanza;  
*Pues sabe que lo malo y que lo bueno  
Está sujeto á súbita mudanza.*

## Fábula XXIV. El Torrente y el Río.

Despeñado un Torrente  
De un encumbrado cerro,  
Caía en una peña,  
Y atronaba el recinto con su estruendo.  
Seguido de ladrones  
Un triste pasajero,  
Despreciando el ruido,  
Atravesó el raudal sin desaliento;  
Que es común en los hombres  
Poseídos del miedo,  
Para salvar la vida,  
Exponerla tal vez á mayor riesgo.  
Llegaron los bandidos,  
Practicaron lo mismo  
Que antes el caminante,  
Y fueron en su alcance y seguimiento.  
Encontró el miserable  
De allí á muy poco trecho  
Un río caudaloso,  
Que corría apacible y con silencio.  
Con tan buenas señales,  
Y el próspero suceso  
Del raudal bullicioso,  
Determinó vadearle sin recelo;  
Mas apenas dió un paso,  
Pagó su desacuerdo,  
Quedando sepultado  
En las alevés aguas sin remedio  
*Temamos los peligros*

De designios secretos;  
Que el ruidoso aparato,  
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.

## Fábula XXV. El León, el Lobo y la Zorra.

Trémulo y achacoso

Á fuerza de años un León estaba:

Hizo venir los médicos ansioso,  
Por ver si alguno de ellos le curaba.

De todas las especies y regiones  
Profesores llegaban á millones.

Todos conocen incurable el daño,  
Ninguno al rey propone el desengaño;  
Cada cual sus remedios le procura,  
Como si la vejez tuviese cura.

Un Lobo cortesano,

Con tono adulator y fin torcido,

Dijo á su soberano:

—He notado, señor, que no ha asistido

La Zorra, como médico, al congreso;

Y pudiera esperarse buen suceso

De su dictamen en tan grave asunto.—

Quiso su Majestad que luego al punto

Por la posta viniese:

Llega, sube á palacio; y como viese

Al Lobo su enemigo, ya instruída

De que él era el autor de su venida,

Que ella excusaba cautelosamente,

Inclinándose al rey profundamente,

Dijo:—Quizá, señor, no habrá faltado

Quien haya mi tardanza acriminado;

Mas será porque ignora

Que vengo de cumplir un voto ahora,

Que por vuestra salud tenía hecho;

Y para más provecho,  
En mi viaje traté gentes de ciencia  
Sobre vuestra dolencia.  
Conviene pues los grandes profesores  
En que no tenéis vicio en los humores;  
En que sólo los años han dejado  
El calor natural algo apagado;  
Pero éste se recobra y vivifica,  
Sin fastidio, sin drogas de botica,  
Con un remedio simple, liso y llano,  
Que vuestra Majestad tiene en la mano.  
A un Lobo vivo arránquenle el pellejo;  
Haced que os lo apliquen al instante,  
Y por más que estéis débil, flaco, viejo,  
Os sentiréis robusto y rozagante,  
Con apetito tal, que sin esfuerzo,  
El mismo Lobo os servirá de almuerzo.  
Convino el rey, y, entre el furor y el hierro,  
Murió el infeliz Lobo como un perro.  
*Así viven y mueren cada día  
En su guerra interior los palaciegos,  
Que con la emulación rabiosa ciegos,  
Al degüello se tiran á porfia.*  
Tomen esta lección muy oportuna:  
Lleguen á la privanza, en hora buena;  
Mas labren su fortuna  
Sin cimentarla en la desgracia ajena.

# LIBRO QUINTO

## **Fábula I. Los Ratones y el Gato.**

Marramaquiz, gran Gato,  
De nariz roma, pero largo olfato,  
Se metió en una casa de Ratones.  
En uno de sus lóbregos rincones  
Puso su alojamiento:  
Por delante de sí de ciento en ciento  
Les dejaba por gusto libre el paso,  
Como hace el bebedor que mira al vaso;  
Y ensanchando así más sus tragaderas,  
Al fin los elegía como peras.  
Éste fué su ejercicio cotidiano;  
Pero tarde ó temprano  
Al fin ya los Ratones conocían  
Que por instantes se disminuían.  
Don Roepán, cacique el más prudente  
De la ratona gente,  
Con los suyos formó pleno consejo,  
Y dijo así con natural despejo:  
Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto  
Que metidos nos tiene en llanto y luto,  
Habita el cuarto bajo,  
Sin que pueda subir ni aun con trabajo  
Hasta nuestra vivienda, es evidente  
Que se atajará el daño solamente  
Con no bajar allá de modo alguno.  
El medio pareció muy oportuno:  
Y fué tan observado,  
Que ya Marramaquiz, el muy taimado,  
Metido por el hambre en calzas prietas,

Discurrió entre mil tretas  
La de colgarse por los pies de un palo  
Haciendo el muerto: no era el ardid malo.  
Pero don Roepán luego que advierte  
Que su enemigo estaba de tal suerte,  
Asumando el hocico á su agujero:  
—¡Hola!, dice; ¿qué es eso, caballero?  
¿Estás muerto de burlas, ó de veras?  
Si es lo que yo recelo, en vano esperas:  
Pues no nos contaremos ya seguros,  
Aun sabiendo de cierto  
Que eres, á más á más de gato muerto,  
Gato relleno ya de pesos duros.  
*Si alguno llega con astuta maña,  
Y una vez nos engaña,  
Es cosa muy sabida  
Que puede, algunas veces,  
El huir de sus trazas y dobleces  
Valernos nada menos que la vida.*

## Fábula II

El Asno y el Lobo.

Un Burro cojo vió que le seguía  
Un Lobo cazador, y no pudiendo  
Huir de su enemigo, le decía:  
—Amigo Lobo, yo me estoy muriendo:  
Me acaban por instantes los dolores  
De este maldito pie de que cojeo:  
Si yo no me valiese de herradores,  
No me vería así como me veo;  
Y pues fallezco, sé caritativo:  
Sácame con los dientes este clavo,  
Muera yo sin dolor tan excesivo,  
Y cómeme después de cabo á rabo.  
—¡Oh! dijo el cazador con ironía,  
Contando con la presa ya en la mano,  
No solamente sé la anatomía,  
Sino que soy perfecto cirujano.  
El caso es para mí una patarata;  
La operación no más que de un momento:  
Alargue bien la pata,  
Y no se me acobarde, buen Jumento.  
Con su estuche molar desenvainado  
El nuevo profesor llega al doliente;  
Mas éste le dispara de contado  
Una coza que le deja sin un diente.  
Escapa el cojo; pero el triste herido  
Llorando se quedó su desventura.  
«¡Ay infeliz de mí! bien merecido  
El pago tengo de mi gran locura.

Yo siempre me llevé el mejor bocado  
En mi oficio de Lobo carnicero;  
Pues si pude vivir tan regalado,  
Á qué meterme ahora á curandero?»  
*Hablemos en razón: no tiene juicio  
Quien deja el propio por ajeno oficio.*

### Fábula III. El Asno y el Caballo.

Iban, mas no sé á dónde ciertamente,  
Un Caballo y un Asno juntamente:  
Este cargado, pero aquél sin carga.  
El grave peso, la carrera larga,  
Causaron al Borrico tal fatiga,  
Que la necesidad misma le obliga  
A dar en tierra.—Amigo compañero,  
No puedo más, decía; yo me muero:  
Repartamos la carga, y será poca;  
Si no, se me va el alma por la boca.  
Dice el otro:—Revienta en hora buena;  
¿Por eso he de sufrir la carga ajena?  
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.  
Miren, y ¡qué Borrico se me muere!  
Tan justamente se quejó el Jumento,  
Que expiró el infeliz en el momento.  
El Caballo conoce su pecado,  
Pues tuvo que llevar mal de su grado  
Los fardos y aparejos todo junto;  
Ítem más, el pellejo del difunto.  
*Juan, alivia en sus penas al vecino;  
Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda.  
Si no lo hacéis así, temed sin duda  
Que seréis el Caballo y el Pollino.*

## Fábula IV. El Labrador y la Providencia.

Un labrador cansado  
En el ardiente estío

Debajo de una encina  
Reposaba pacífico y tranquilo.  
Desde su dulce estancia  
Miraba agradecido  
El bien con que la tierra  
Premiaba sus penosos ejercicios.  
Entre mil producciones,  
Hijas de su cultivo,  
Veía calabazas,  
Melones por los suelos esparcidos.  
—«¿Por qué la Providencia,  
Decía entre sí mismo,  
Puso á la ruin bellota  
En elevado preeminente sitio?  
¿Cuánto mejor sería,  
Que trocando el destino,  
Pendiesen de las ramas  
Calabazas, melones y pepinos?»  
Bien oportunamente,  
Al tiempo que esto dijo,  
Cayendo una bellota,  
Le pegó en las narices de improviso.  
—«Pardiez, prorrumpió entonces  
El Labrador sencillo,  
Si lo que fué bellota,  
Algún gordo melón hubiera sido,  
Desde luego pudiera

Tomar á buen partido,  
En caso semejante  
Quedar desnarigado, pero vivo.  
Aquí la *Providencia*  
Manifestarle quiso  
Que supo á cada cosa  
Señalar sabiamente su destino.  
Á mayor bien del hombre  
Todo está repartido;  
Preso el pez en su concha,  
Y libre por el aire el pajarillo.

## **Fábula V. El Asno vestido de León.**

Un Asno disfrazado

Con una grande piel de León andaba;  
Por su temible aspecto casi estaba  
Desierto el bosque, solitario el prado.  
Pero quiso el destino,  
Que le llagase á ver desde el molino  
La punta de una oreja el molinero.  
Armado entonces de un garrote fiero,  
Dale de palos, llévalo á su casa;  
Divúlgase al contorno lo que pasa;  
Llegan todos á ver en el instante  
Al que habían temido León reinante;  
Y haciendo mofa de su idea necia,  
Quien más le respetó, más le desprecia.  
Desde que oi del Asno contar esto,  
Dos ochavos apuesto,  
*Si es que Pedro Fernández no se deja  
De andar con el disfraz de caballero,  
A vueltas del vestido y el sombrero,  
Que le han de ver la punta de la oreja.*

## **Fábula VI. La Gallina de los Huevos de oro.**

Érase una Gallina que ponía  
Un huevo de oro al dueño cada día.  
Aun con tanta ganancia mal contento,  
Quiso el rico avariento  
Descubrir de una vez la mina de oro,  
Y hallar en menos tiempo más tesoro.  
Matóla, abrióla el vientre de contado;  
Pero después de haberla registrado,  
¿Qué sucedió? que muerta la Gallina,  
Perdió su huevo de oro y no halló mina.  
*iCuántos hay que teniendo lo bastante,  
Enriquecerse quieren al instante,  
Abrazando proyectos,  
A veces de tan rápidos efectos,  
Que sólo en pocos meses,  
Cuando se contemplaban ya marqueses,  
Contando sus millones,  
Se vieron en la calle sin calzones!*

## Fábula VII. Los Cangrejos.

Los más autorizados, los más viejos  
De todos los Cangrejos,  
Una gran asamblea celebraron.  
Entre los graves puntos que trataron,  
Á propuesta de un docto presidente,  
Como resolución la más urgente,  
Tomaron la que sigue:—pues que al mundo  
Estamos dando ejemplo sin segundo  
El más vil y grosero  
En andar hacia atrás como el soguero;  
Siendo cierto también que los ancianos,  
Duros de pies y manos,  
Causándonos los años pesadumbre,  
No podemos vencer nuestra costumbre:  
Toda madre, desde este mismo instante,  
Ha de enseñar á andar hacia adelante  
Á sus hijos; y dure la enseñanza  
Hasta quitar del mundo tal usanza.  
—«Garras á la obra, dicen las maestras  
Que se creían diestras»;  
Y sin dejar ninguno,  
Ordenan á sus hijos uno á uno  
Que muevan sus patitas blandamente  
Hacia adelante sucesivamente.  
Pasito á paso, al modo que podían,  
Ellos obedecían;  
Pero, al ver á sus madres, que marchaban  
Al revés de lo que ellas enseñaban,  
Olvidando los nuevos documentos,

Imitaban sus pasos más contentos.  
Repetían las madres sus lecciones;  
Mas no bastaban teóricas razones,  
Porque obraba en los jóvenes Cangrejos  
Sólo un ejemplo más que mil consejos.  
Cada maestra se aflige y desconsuela,  
No pudiendo hacer práctica su escuela.  
De modo que en efecto  
Abandonaron todas el proyecto.  
Los magistrados saben el suceso,  
Y en su pleno congreso  
La nueva ley al punto derogaron,  
Porque se aseguraron  
De que en vano intentaban la reforma,  
Cuando ellos no sabían ser la norma.  
Y es así, que la fuerza de las leyes  
Suele ser el ejemplo de los reyes.

## **Fábula VIII. Las Ranas sedientas.**

Dos Ranas que vivían juntamente,  
En un verano ardiente  
Se quedaron en seco en su laguna:  
Saltando aquí y allí, llegó la una  
Á la orilla de un pozo.  
Llena entonces de gozo,  
Gritó á su compañera:  
—Ven y salta ligera.  
Llegó, y estando entrambas á la orilla,  
Notando como grande maravilla  
Entre los agostados juncos y heno  
El fresco pozo casi de agua lleno,  
Prorrumpió la primera:—¿Á qué esperamos,  
Que no nos arrojamos  
Al agua que apacible nos convida?  
La segunda responde:—Inadvertida,  
Yo tengo igual deseo;  
Pero pienso y preveo  
Que, aunque es fácil al pozo nuestra entrada,  
La agua, con los calores exhalada,  
Según vaya faltando,  
Nos irá dulcemente sepultando;  
Y al tiempo que salir solicitemos,  
En la Estigia laguna nos veremos.  
*Por consultar al gusto solamente,  
Entra en la nasa el pez incautamente;  
El pájaro sencillo en la red queda;  
¡Y en qué lazos el hombre no se enreda!*

## Fábula IX. El Cuervo y el Zorro.

En la rama de un árbol,  
Bien ufano y contento,  
Con un queso en el pico  
Estaba el señor Cuervo.  
Del olor atraído  
Un Zorro muy maestro,  
Le dijo estas palabras  
Á poco más ó menos:  
—Tenga usted buenos días,  
Señor Cuervo, mi dueño:  
¡Vaya! que estáis donoso,  
Mono, lindo en extremo.  
Yo no gasto lisonjas,  
Y digo lo que siento,  
Que si á tu bella traza  
Corresponde el gorjeo,  
Juro á la diosa Ceres,  
Siendo testigo el cielo,  
Que tú serás el fénix  
De sus vastos imperios.  
Al oír un discurso  
Tan dulce y halagüeño,  
De vanidad llevado  
Quiso cantar el Cuervo.  
Abrió su negro pico,—  
Dejó caer el queso.  
El muy astuto Zorro,  
Después de haberlo preso,  
Le dijo:—Señor bobo,

Pues sin otro alimento  
Quedáis con alabanzas  
Tan hinchado y repleto,  
Digerid las lisonjas,  
Mientras digiero el queso.  
Quien oye aduladores,  
*Nunca espere otro premio.*

## Fábula X. Un Cojo y un Picarón.

Á un buen Cojo un descortés  
Insultó atrevidamente:  
Oyólo pacientemente  
Continuando su carrera,  
Cuando al son de la cojera  
Dijo el otro: Una, dos, tres,  
Cojo es.  
Oyólo el Cojo; aquí fué  
Donde el buen hombre perdió  
Los estribos, pues le dió  
Tanta cólera y tal ira,  
Que la muleta le tira,  
Quedándose, ya se ve,  
Sobre un pie.  
—Sólo el no poder correr  
Para darte el escarmiento,  
Dijo el Cojo, es lo que siento,  
Que este mal no me atormenta:  
*Porque al hombre sólo afrenta,  
Lo que supo merecer,  
Padecer.*

## Fábula XI. El Carretero y Hércules.

En un atolladero  
El carro se atascó de Juan Regaña;  
Él á nada se mueve ni se amaña,  
Pero jura muy bien: igran carretero!  
Á Hércules invocó y el dios le dice:  
—Aligera la carga, ceja un tanto;  
Quita ahora ese canto;  
¿Está?—Sí, le responde, ya lo hice.  
—Pues enarbola el látigo, y con eso  
Puedes ya caminar.—De esta manera,  
Arreando á la Mohina y la Roncera,  
Salió Juan con su carro del suceso.  
*Si haces lo que estuviere de tu parte,  
Pide al cielo favor: ha de ayudarte.*

## Fábula XII. La Zorra y el Chivo.

Una Zorra cazaba;  
Y al seguir á un gazapo,  
Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,  
En un pozo cayó que al paso estaba.  
Cuando más la afligía su tristeza,  
Por no hallar la infeliz salida alguna,  
Vió asomarse al brocal por su fortuna  
Del Chivo padre la gentil cabeza.  
—¿Qué tal? dijo el barbón, ¿la agua es salada?  
—Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,  
Respondió la Raposa,  
Que en el tal pozo estoy como encantada.  
Al agua el Chivo se arrojó sediento:  
Monta sobre él la Zorra, de manera  
Que, haciendo de sus cuernos escalera,  
Pilla el brocal y sale en el momento.  
Quedó el pobre atollado icosa dura!  
*¿Mas quién podrá á la Zorra dar castigo  
Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,  
Del peligro mayor salir procura?*

### **Fábula XIII. El Lobo, la Zorra y el Mono juez.**

Un Lobo se quejó criminalmente  
De que una Zorra astuta le robase.  
El Mono juez, como ella lo negase,  
Dejólos alegar prolijamente.  
Enterado, pronuncia la sentencia:  
—No consta que te falte nada, Lobo;  
Y tú, Raposa, tú tienes el robo:—  
Dijo, y los despidió de su presencia.  
Esta contradicción es cosa buena,  
La dijo el docto Mono con malicia.  
*Al perverso su fama le condena,  
Aun cuando alguna vez pida justicia.*

## **Fábula XIV. Los dos Gallos.**

Habiendo á su rival vencido un Gallo,  
Quedó entre sus gallinas victorioso,  
Más grave, más pomposo  
Que el mismo Gran Sultán en su serrallo.  
Desde un alto pregona vocinglero  
Su gran hazaña: el gavilán lo advierte,  
Le pilla, le arrebatata y por su muerte,  
Quedó el rival señor del gallinero.  
*Consuele al abatido tal mudanza:  
Sirva también de ejemplo á los mortales  
Que se juzgan exentos de los males,  
Cuando se ven en próspera bonanza.*

## **Fábula XV. La Mona y la Zorra.**

En visita una Mona  
Con una Zorra estaba cierto día,  
Y así ni más ni menos la decía:  
—Por mi fe que tenéis bella persona,  
Gallardo talle, cara placentera,  
Airosa en el andar, como vos sola:  
Y á no ser tan disforme vuestra cola,  
Seríais en lo hermoso la primera.  
Escuchad un consejo,  
Que ha de ser á las dos muy importante:  
Yo os la he de cortar, y lo restante  
Me lo acomodaré por zagalejo.  
Abrenuncio, la Zorra le responde:  
Es cosa para mí menos amarga  
Barrer el suelo con mi cola larga,  
Que verla por pañal bien sé yo donde.  
*Por ingenioso que el necesitado  
Sea para pedir al avariento,  
Este será de superior talento  
Para negarse á dar de lo sobrado.*

## Fábula XVI. La Gata mujer.

Zapaquilda la bella  
Era Gata doncella  
Muy recatada, no menos hermosa:  
Queríala su dueño por esposa  
Si Venus consintiese,  
Y en mujer á la Gata convirtiese.  
De agradable manera  
Vino en ello la diosa placentera;  
Y ved á Zapaquilda en un instante  
Hecha moza gallarda, rozagante.  
Celébrase la boda;  
Estaba ya la sala nupcial toda  
De un lucido concurso coronada;  
La novia relamida, almidonada  
Junto al novio galán enamorado;  
Todo brillantemente preparado;  
Cuando quiso la diosa  
Que cerca de la esposa  
Pasase un ratoncillo de repente.  
Al punto que le ve, violentamente,  
Á pesar del concurso y de su amante,  
Salta, corre tras él, y échale el guante.  
Aunque del valle humilde á la alta cumbre  
Inconstante nos mude la Fortuna,  
La propensión del natural es una  
En todo estado, y más con la costumbre.

## Fábula XVII. La Leona y el Oso.

Dentro de un bosque obscuro y silencioso,  
Con un rugir continuo y espantoso,  
Que en medio de la noche resonaba,  
Una Leona á las fieras inquietaba.

Dícela un Oso:—Escúchame una cosa:

¿Qué tragedia horrorosa,  
Ó qué sangrienta guerra,  
Qué rayos, ó qué plagas á la tierra

Anuncia tu clamor desesperado  
En el nombre de Júpiter airado?

—¡Ah! mayor causa tienen mis rugidos.

Yo, la más infeliz de los nacidos,  
¿Cómo no moriré desesperada  
Si me han robado el hijo? ¡ay desdichada!

—¡Hola! ¿conque eso es todo?

Pues si se lamentasen de ese modo  
Las madres de los muchos que devoras,  
Buena música hubiera á todas horas.

¡Vaya! ¡vaya! consuélate como ellas,  
No nos quiten el sueño tus querellas.

Á desdichas y males

Vivimos condenados los mortales.

Á cada cual no obstante le parece,  
Que de esta ley una excepción merece.

Así nos conformamos con la pena,  
No cuando es propia, si cuando es ajena.

## **Fábula XVIII. El Lobo y el Perro flaco.**

Distante de la aldea  
Iba cazando un Perro  
Flaco, que parecía  
Un andante esqueleto.  
Cuando menos lo piensa,  
Un Lobo le hizo preso.  
Aquí de sus clamores,  
De sus llantos y ruegos.  
—Decidme, señor Lobo,  
¿Qué queréis de mi cuerpo,  
Si no tiene otra cosa  
Que huesos y pellejo?  
Dentro de quince días  
Casa á su hija mi dueño  
Y ha de haber para todos  
Arroz y gallo muerto.  
Dejadme ahora libre,  
Que, pasado este tiempo,  
Podrás comerme á gusto,  
Lucio, gordo y relleno.—  
Quedaron convenidos,  
Y apenas se cumplieron  
Los días señalados,  
El Lobo buscó al Perro.  
Estábase en su casa  
Con otro compañero,  
Llamado Matalobos,  
Mastín de los más fieros:  
Salen á recibirle

Al punto que le vieron;  
Matalobos bajaba  
Con corbatín de hierro.  
No era el Lobo persona  
De tantos cumplimientos,  
Y así por no gastarlos,  
Cedió de su derecho.  
Huía, y le llamaban;  
Mas él iba diciendo  
Con el rabo entre piernas:  
Pies, ¿para qué os quiero?  
Hasta los niños saben  
Que es de mayor aprecio  
Un pájaro en la mano,  
Que por el aire ciento.

## Fábula XIX. La Oveja y el Ciervo.

Un celemín de trigo

Pidió á la Oveja el Ciervo, y la decía:

—Si es que usted de mi paga desconfía,

Á presentar me obligo

Un fiador desde luego,

Que no dará lugar á tener queja.

—¿Y quién es éste? preguntó la Oveja.

—Es un lobo abonado, llano y lego.

—¡Un lobo! ya; mas hallo un embarazo:

Si no tenéis más fincas que él sus dientes,

Y tú los pies para escapar valientes,

¿Á quién acudiré cumplido el plazo?

Si, quién es el que pide y sus fiadores,

Antes de dar prestado se examina,

Será menor, sin otra medicina,

La peste de los malos pagadores.

## **Fábula XX. La Alforja.**

En una Alforja al hombro  
Llevo los vicios;  
Los ajenos delante,  
Detrás los míos.  
Esto hacen todos;  
Así ven los ajenos,  
Mas no los propios.

## **Fábula XXI. El Asno infeliz.**

Yo conocí un Jumento  
Que murió muy contento,  
Por creer (y no iba fuera de camino)  
Que así cesaba su fatal destino.  
Pero la adversa suerte,  
Aun después de su muerte,  
Le persiguió: dispuso que al difunto  
Le arrancasen el cuero luego al punto  
Para hacer tamboriles  
Y que en los regocijos pastoriles  
Bailasen las zagalas en el prado  
Al son de su pellejo vaqueteado.  
Quien por su mala estrella es infelice,  
Aun muerto lo será: Fedro lo dice.

## **Fábula XXII. El Jabalí y la Zorra.**

Sus horribles colmillos aguzaba  
Un Jabalí en el tronco de una encina.  
La Zorra, que vecina  
Del animal cerdoso se miraba,  
Le dice:—Extraño el verte,  
Siendo tú en paz señor de la bellota,  
Cuando ningún contrario te alborota,  
Que tus armas afiles de esa suerte.  
La fiera le responde:—Tengo oído  
Que en la paz se prepara el buen guerrero,  
Así como en la calma el marinero,  
Y que vale por dos el prevenido.

## **Fábula XXIII. El Perro y el Cocodrilo.**

Bebiendo un Perro en el Nilo,  
Al mismo tiempo corría.

—Bebe quieto, le decía

Un taimado Cocodrilo.

Díjole el Perro prudente:

—Dañoso es beber y andar,

Pero ¿es sano el aguardar

Á que me claves el diente?

*Oh ¡qué docto Perro viejo!*

*Yo venero su sentir*

*En esto de no seguir*

*Del enemigo el consejo.*

## **Fábula XXIV. La Comadreja y los Ratones.**

Débil y flaca cierta Comadreja,  
No pudiendo ya más de puro vieja,  
Ni cazaba, ni hacía provisiones  
De abundantes Ratones,  
Como en tiempos pasados,  
Que elegía los tiernos regalados  
Para cubrir su mesa.  
Sólo de tarde en tarde hacía presa  
En tal cual, que pasaba muy cercano,  
Gotoso, paralítico ó anciano.  
Obligada del hambre cierto día,  
Urdió el modo mejor con que saldría  
De aquella pobre situación hambrienta  
Pues la necesidad todo lo inventa.  
Esta vieja taimada  
Métese entre la harina amontonada.  
Alerta y con cautela,  
Cual suele en la garita el centinela,  
Espera ansiosa su feliz momento  
Para la ejecución del pensamiento.  
Llega el Ratón sin conocer su ruina,  
Y mete el hociquillo entre la harina.  
Entonces ella le echa de repente  
La garra al cuello y al hocico el diente.  
Con este nuevo ardid tan oportuno  
Se los iba embuchando de uno en uno;  
Y á merced de discurso tan extraño  
Logró sacar su tripa de mal año.  
*Es un feliz ingenio interesante:*

Él nos ayuda, si el poder nos deja;  
Y al ver lo que pasó á la Comadreja,  
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?

## Fábula XXV. El Lobo y el Perro.

En busca de alimento  
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.  
Encontró con un Perro tan relleno,  
Tan lucio, sano y bueno,  
Que le dijo:—Yo extraño  
Que estés de tan buen año,  
Como se deja ver por tu semblante;  
Cuando á mí, más pujante,  
Más osado y sagaz, mi triste suerte  
Me tiene hecho retrato de la muerte.  
El Perro respondió:—Sin duda alguna  
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.  
Deja el bosque y el prado,  
Retírate á poblado;  
Servirás de portero  
Á un rico caballero,  
Sin otro afán ni más ocupaciones  
Que defender la casa de ladrones.  
—Acepto desde luego tu partido  
Que para mucho más estoy curtido.  
Así me libraré de la fatiga,  
Á que el hambre me obliga,  
De andar por montes sendereando peñas,  
Trepando riscos y rompiendo breñas,  
Sufriendo de los tiempos los rigores,  
Lluvias, nieves, escarchas y calores.—  
Á paso diligente  
Marchaban juntos amigablemente,  
Tratando varios puntos de confianza

Pertenecientes á llenar la panza.  
En esto el Lobo por algún recelo,  
Que comenzó á turbarle su consuelo,  
Mirando al Perro dijo:—He reparado  
Que tienes el pescuezo algo pelado.  
Díme, ¿qué es eso?—Nada.  
—Dímelo por tu vida, camarada.—  
No es más que la señal de la cadena;  
Pero no me da pena,  
Pues, aunque por inquieto,  
Á ella estoy sujeto,  
Me sueltan cuando comen mis señores.  
Recíbenme á sus pies de mil amores:  
Ya me tiran el pan, ya la tajada,  
Y todo aquello que les desagrada:  
Éste lomal asado,  
Aquél un hueso poco descarnado;  
Y aun un glotón que todo se lo traga,  
A lo menos me halaga,  
Pasándome lo mano por el lomo;  
Yo meneo la cola, callo y como.  
—Todo eso es bueno, yo te lo confieso;  
Pero por fin y postre tú estás preso,  
Jamás sales de casa,  
No puedes ver lo que en el pueblo pasa.  
¿Es así? pues, amigo,  
La amada libertad que yo consigo,  
No he de trocarla de manera alguna  
Por tu abundante y próspera fortuna.  
Marcha, marcha á vivir encarcelado;  
No serás envidiado  
De quien pasea el campo libremente,  
Aunque tú comas tan glotonamente,  
Pan, tajadas y huesos, porque al cabo  
No hay bocado en sazón para un esclavo.



## **LIBRO SEXTO**

# PRÓLOGO

## Fábula I. El Pastor y el Filósofo.

De los confusos pueblos apartado,  
Un anciano Pastor vivió en su choza,  
En el feliz estado en que se goza,  
Existir ni envidioso, ni envidiado.  
No turbó con cuidados la riqueza  
Á su tranquila vida;  
Ni la extremada mísera pobreza  
Fué del dichoso anciano conocida.  
Empleado en su labor gustosamente  
Envejeció: sus canas, su experiencia  
Y su virtud le hicieron finalmente  
Respetable varón, hombre de ciencia.  
Voló su grande fama por el mundo,  
Y llevado de nueva tan extraña,  
Acercóse un Filósofo profundo  
Á la humilde cabaña,  
Y preguntó al Pastor:—Díme, ¿en qué escuela  
Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste  
Largas noches leyendo á la candela?  
¿Á Grecia y Roma sabias observaste?  
¿Sócrates refinó tu entendimiento?  
¿La ciencia de Platón has tú medido?  
¿O pesaste de Tulio el gran talento?  
¿O tal vez como Ulises has corrido  
Por ignorados pueblos y confusos,  
Observando costumbres, leyes y usos?  
—Ni las letras seguí, ni como Ulises  
(Humildemente respondió el anciano)  
Discurrí por incógnitos países.

Sé que el género humano,  
En la escuela del mundo linsonjero,  
Se instruye en el doblez y en la patraña;  
Con la ciencia que engaña  
¿Quién podrá hacerse sabio verdadero?  
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado  
Naturaleza en fáciles lecciones:  
Un odio firme al vicio me ha inspirado;  
Ejemplos de virtud da á mis acciones.  
Aprendí de la abeja lo industrioso,  
Y de la hormiga, que en guardar se afana,  
Á pensar en el día de mañana;  
Mi mastín, el hermoso,  
Y fiel sin semejante,  
De gratitud y lealtad constante  
Es el mejor modelo,  
Y, si acierto á copiarle, me consuelo.  
Si mi nupcial amor lecciones toma,  
Las encuentra en la Cándida paloma.  
La gallina á sus pollos abrigando  
Con sus piadosas alas como madre,  
Y las sencillas aves aun volando,  
Me prestan reglas para ser buen padre.  
Sabia naturaleza, mi maestra,  
Lo malo y lo ridículo me muestra  
Para hacérmelo odioso.  
Jamás hablo á las gentes  
Con aire grave, tono jactancioso;  
Pues saben los prudentes  
Que, lejos de ser sabio, el que así hable  
Será un buho solemne, despreciable.  
Un hablar moderado,  
Un silencio oportuno  
En mis conversaciones he guardado:  
El hablador molesto é importuno

Es digno de desprecio.  
Quien escuche á la Urraca, será un necio.  
Á los que usan la fuerza y el engaño  
Para el ajeno daño,  
Y usurpan á los otros su derecho,  
Los debe aborrecer un noble pecho.  
Unanse con los lobos en la caza,  
Con milanos y halcones,  
Con la maldita serpentina raza,  
Caterva de carnívoros ladrones.  
Mas ¿qué dije? Los hombres tan malvados  
Ni aun merecen tener estos aliados.  
No hay daño ni animal tan peligroso  
Como el usurpador y el envidioso.  
Por último en el libro interminable  
De la naturaleza yo medito:  
En todo lo creado es admirable:  
Del ente más sencillo y pequeñito  
Una contemplación profunda alcanza  
Los más preciosos frutos de enseñanza.  
—Tu virtud acredita, buen anciano,  
(El Filósofo exclama)  
Tu ciencia verdadera y justa fama.  
Vierte el género humano  
En sus libros y escuelas sus errores:  
En preceptos mejores  
Nos da naturaleza su doctrina.  
*Así quien sus verdades examina  
Con la meditación y la experiencia,  
Llegará á conocer virtud y ciencia.*

## **Fábula II. El Hombre y la Fantasma.**

Un Joven licencioso

Se hallaba en un estado vergonzoso

Con sus males secretos retirado:

En soledad, doliente, exasperado,

Cavila, llora, canta, jura, reza,

Como quien ha perdido la cabeza.

—¿Te falta la salud? Pues, caballero,

De todo tu dinero,

Nobleza, juventud y poderío

Sábetete que me río:

Trata de recobrarla, pues perdida,

¿De qué sirven los bienes de la vida?—

Todo esto una Fantasma le previno,

Y al instante se fué como se vino.

El enfermo se cuida, se repone,

Un nuevo plan de vida se propone.

En efecto se casa;

Cércanle los cuidados de la casa,

Que se van aumentando de hora en hora.

La mujer (Dios nos libre), gastadora,

Aun mucho más que rica,

Los hijos y las deudas multiplica;

De modo que el marido,

Más que nunca aburrido,

Se puso sobre un pie de economía,

Que, estrechándola más de día en día,

Al fin se enriqueció con opulencia.

La Fantasma le dice:—En mi conciencia

Que te veo amarillo como el oro:

Tienes tu corazón en el tesoro;  
Miras sobre tu pecho acongojado  
El puñal del ladrón enarbolado;  
Las noches pasas en mortal desvelo,  
Y ¿así, quieres vivir?... ¡qué desconsuelo!—  
El hombre, como caso milagroso,  
Se transformó de avaro en ambicioso.  
Llegó dentro de poco á la privanza:  
¡El señor don Dinero qué no alcanza!  
La Fantasma le muestra claramente  
Un falso confidente,  
Cien traidores amigos,  
Que quieren ser autores y testigos  
De su pronta caída.  
Resuélvese á dejar aquella vida,  
Y ya desengañado,  
En los campos se mira retirado.  
Buscaba los placeres inocentes  
En las flores y frutas diferentes.  
¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)  
Que aun allí le persigue la Fantasma?  
—Los insectos, los hielos y los vientos,  
Todos los elementos  
Y las plagas de todas estaciones  
Han de ser en el campo tus ladrones.  
¿Pues adónde irá el pobre caballero?...  
*Digo que es un solemne majadero  
Todo aquel que pretende  
Vivir en este mundo sin su duende.*

### Fábula III. El Jabalí y el Carnero.

De la rama de un árbol un Carnero  
Degollado pendía;  
En él á sangre fría  
Cortaba el remangado carnicero.  
El rebaño inocente,  
Que el trágico espectáculo miraba,  
De miedo ni pacía, ni balaba.  
Un Jabalí gritó:—Cobarde gente,  
Que miráis la carnívora matanza,  
¿Cómo no os vengáis del enemigo?  
—Tendrá (dijo un Carnero) su castigo;  
Mas no de nuestra parte la venganza.  
La piel, que arranca con sus propias manos,  
Sirve para los pleitos y la guerra,  
Las dos mayores plagas de la tierra,  
Que afligen á los míseros humanos.  
Apenas nos desuellan, se destina  
Para hacer pergaminos y tambores:  
*Mira cómo los hombres malhechores  
Labran en su maldad su propia ruina.*

## Fábula IV. El Raposo, la Mujer y el Gallo.

Con las orejas gachas  
Y la cola entre piernas,  
Se llevaba un Raposo  
Un Gallo de la aldea.  
Muchas gracias al alba,  
Que pudo ver la fiesta,  
Al salir de su casa,  
Juana la madruguera.  
Como una loca grita:  
—Vecinos, que le lleva;  
Que es el mío, vecinos.  
Oye el Gallo las quejas,  
Y le dice al Raposo:  
—Díle que no nos mienta,  
Que soy tuyo y muy tuyo.  
Volviendo la cabeza  
Le responde el Raposo:  
—¿Oyes, gran embustera?  
No es tuyo, sino mío;  
Él mismo lo confiesa.  
Mientras esto decía,  
El Gallo libre vuela,  
Y en la copa de un árbol  
Canta que se las pela.  
El Raposo burlado  
Huyó iquién lo creyera!  
Yo, pues, á más de cuatro  
Muy zorros en sus tretas,  
Por hablar á destiempo,

Los ví perder la presa.

## Fábula V. El Filósofo y el Rústico.

La del alba sería  
La hora en que un Filósofo salía  
Á meditar al campo solitario,  
En lo hermoso y lo vario  
Que á la luz de la aurora nos enseña  
Naturaleza, entonces más risueña.  
Distraído, sin senda caminaba,  
Cuando llegó á un cortijo, donde estaba  
Con un martillo el Rústico en la mano,  
En la otra un milano,  
Y sobre una portátil escalera.  
—¿Qué haces de esa manera?  
El Filósofo dijo.

—Castigar á un ladrón de mi cortijo,  
Que en mi corral ha hecho más destrozos,  
Que todos los ladrones en Torozos.  
Le clavo en la pared... ya estoy contento...  
Sirve á toda tu raza de escarmiento.  
—El matador es digno de la muerte,  
El Sabio dijo: mas si de esa suerte  
El milano merece ser tratado,  
¿De qué modo será bien castigado  
El hombre sanguinario, cuyos dientes  
Devoran á infinitos inocentes,  
Y cuenta como mísera su vida,  
Si no hace de cadáveres comida?  
Y aun tú, que así castigas los delitos,  
Cenarías anoche tus pollitos.  
—Al mundo le encontramos de este modo,

Dijo airado el patán; y sobre todo,  
Si lo mismo son hombres que milanos,  
Guárdese no le pille entre mis manos.  
El Sabio se dejó de reflexiones.  
*Al tirano le ofenden las razones,  
Que demuestran su orgullo y tiranía:  
Mientras por su sentencia cada día  
Muere (viviendo él mismo impunemente)  
Por menores delitos otra gente.*

## **Fábula VI. La Pava y la Hormiga.**

Al salir con las yuntas  
Los criados de Pedro,  
El corral se dejaron  
De par en par abierto.  
Todos los pavipollos  
Con su madre se fueron,  
Aquí y allí picando  
Hasta el cercano otero.  
Muy contenta la Pava  
Decía á sus polluelos:  
—Mirad, hijos, el rastro  
De un copioso hormiguero.  
Ea, comed hormigas,  
Y no tengáis recelo,  
Que yo también las como:  
Es un sabroso cebo.  
Picad, queridos míos:  
¡Oh qué días los nuestros,  
Si no hubiese en el mundo  
Malditos cocineros!  
Los hombres nos devoran,  
Y todos nuestros cuerpos  
Humean en las mesas  
De nobles y plebeyos.  
Á cualquier fiestecilla  
Ha de haber pavos muertos.  
¡Qué pocas Navidades  
Contaron mis abuelos!  
¡Oh glotones humanos,

Cruelles carniceros!—  
Mientras tanto una Hormiga  
Se puso en salvamento  
Sobre un árbol vecino,  
Y gritó con denuedo:  
—¡Hola! ¿con que los hombres  
Son crueles, perversos?  
Y ¿qué seréis los Pavos?  
¡Ay de mí! ya lo veo:  
Á mis tristes parientes,  
¿Qué digo? á todo el pueblo,  
Sólo por desayuno  
Os le vais engullendo.—  
No respondió la Pava  
Por no saber un cuento,  
Que era entonces del caso  
Y ahora viene á pelo.  
Un gusano roía  
Un grano de centeno;  
Viéronle las Hormigas:  
¡Qué gritos! ¡qué aspavientos!  
—Aquí fué Troya (dicen):  
Muere, pícaro perro.  
Y ellas ¿qué hacían? Nada:  
Robar todo el granero.  
*Hombres, Pavos, Hormigas,*  
*Según estos ejemplos,*  
*Cada cual en su libro*  
*Esta moral tenemos.*  
*La falta leve en otro*  
*Es un pecado horrendo;*  
*Pero el delito propio*  
*No más que pasatiempo.*

## Fábula VII. El Enfermo y la Vision

—«¡Con que de tus recetas exquisitas  
(Un enfermo exclamó) ninguna alcanza!  
El médico se fué sin esperanza,  
Contando por los dedos sus visitas.»  
Así desengañado,  
Y creciendo por horas su dolencia,  
De este modo examina su conciencia:  
—«En todos mis contratos he logrado  
(No lo niego) ganancia muy segura:  
Trabajé en calcular mis intereses.  
Aumenté mi caudal en pocos meses,  
Más por felicidad que por usura.  
Sin rencor ni malicia  
Hice que á mi deudor pusiesen preso:  
Murió pobre en la cárcel, lo confieso;  
Mas en fin es un hecho de justicia.  
Si por cierto instrumento  
Reduje una familia muy honrada  
Á pobreza extremada,  
Algún día leerán mi testamento.  
Entonces, muerto yo, se hará patente  
En la tierra, lo mismo que en el cielo,  
Para alivio de pobres y consuelo,  
Mi caridad ardiente.»  
Una Vision se acerca, y dice:—Hermano,  
La esperanza condeno  
Del que aguarda á morir para ser bueno:  
Una acción de piedad está en tu mano.  
Tus prójimos, según sus oraciones,

Están necesitados:  
Para ser remediados  
Han menester siquiera cien doblones.  
—¡Cien doblones! ¡No es nada!  
Y si, porque Dios quiera, no me muero,  
Y después me hace falta ese dinero,  
¿Sería caridad bien ordenada?  
—Avaro ¿te resistes? Pues al cabo  
Te anuncio que tu muerte está cercana.  
—¿Me muero?... Pues que esperen á mañana.  
La Visión se volvió sin un ochavo.

## **Fábula VIII. El Camello y la Pulga.**

Al que ostenta valimiento,  
Cuando su poder es tal  
Que ni influye en bien ni en mal,  
Le quiero contar un cuento.  
En una larga jornada  
Un Camello muy cargado  
Exclamó, ya fatigado:  
«¡Oh qué carga tan pesada!»  
Doña Pulga, que montada  
Iba sobre él, al instante  
Se apea, y dice arrogante:  
—Del peso te libro yo.  
El Camello respondió:  
—Gracias, señor elefante.

## Fábula IX. El Cerdo, el Carnero y la Cabra.

Poco antes de morir, el corderillo  
Lame alegre la mano y el cuchillo  
Que han de ser de su muerte el instrumento,  
Y es feliz hasta el último momento.  
Así, cuando es el mal inevitable,  
Es quien menos prevé, más envidiable.  
Bien oportunamente mi memoria  
Me presenta al Lechón de cierta historia.  
Al mercado llevaba un Carretero  
Un Marrano, una Cabra y un Carnero.  
Con perdón, el Cochino  
Clamaba sin cesar en el camino:  
—¡Ésta sí que es miseria!  
Perdido soy, me llevan á la feria.—  
Así gritaba, imas con qué gruñidos!  
No dió en su esclavitud tales gemidos  
Hécuba la infelice.  
El Carretero al gruñidor le dice:  
—¿No miras al Carnero y á la Cabra,  
Que vienen sin hablar una palabra?  
—¡Ay, señor, le responde: ya lo veo!  
Son tontos y no piensan: yo preveo  
Nuestra muerte cercana.  
Á los dos, por la leche y por la lana,  
Quizá no matarán tan prontamente;  
Pero á mí, que soy bueno solamente  
Para pasto del hombre... no lo dudo,  
Mañana comerán de mi menudo.  
Á Dios, pocilga, á Dios, gamella mía.

Sutilmente su muerte preveía;  
¿Mas, qué lograba el pensador Marrano?  
Nada, sino sentirla de antemano.  
*El dolor ni los ayes es seguro  
Que no remediarán el mal futuro.*

## Fábula X. El León, el Tigre y el Caminante.

Entre sus fieras garras oprimía  
Un Tigre á un Caminante.  
Á los tristes quejidos al instante  
Un León acudió: con bizarría  
Lucha, vence á la fiera y lleva al hombre  
Á su regia caverna.—Toma aliento,  
(Le decía el León) nada te asombre,  
Soy tu libertador, estáme atento:  
¿Habrás bestia sañuda y enemiga  
Que se atreva á mi fuerza incomparable?  
Tú puedes responder; ó que lo diga  
Esa pintada fiera despreciable.  
Yo, yo solo, monarca poderoso,  
Domino en todo el bosque dilatado.  
¡Cuántas veces la onza, y aun el oso  
Con su sangre el tributo me han pagado!  
Los despojos de pieles y cabezas,  
Los huesos que blanquean este piso,  
Dan el más claro aviso  
De mi valor sin par y mis proezas.  
—Es verdad, dijo el hombre, soy testigo;  
Los triunfos miro de tu fuerza airada,  
Contemplo á tu nación amedrentada.  
Al librarme venciste á mi enemigo.  
En todo esto, señor (con tu licencia),  
Sólo es digna del trono tu clemencia.  
Sé benéfico, amable,  
En lugar de despótico tirano;  
Porque, señor, es llano,

Que el monarca será más venturoso  
Cuanto hiciere á su pueblo más dichoso.  
—Con razón has hablado;  
Y ya me causa pena  
El haber yo buscado  
Mi propia gloria en la desdicha ajena.  
En mis jóvenes años  
El orgullo produjo mil errores,  
Que me los ha encubierto con engaños  
Una corte servil de aduladores.  
*Ellos me aseguraban, de concierto,*  
*Que por el mundo todo*  
*No reinan los humanos de otro modo:*  
*Tú lo sabrás mejor, dime, ¿y es cierto?*

## **Fábula XI. La Muerte.**

Pensaba en elegir la reina Muerte  
Un ministro de Estado.  
Le quería de suerte  
Que hiciese floreciente su reinado.  
—El Tabardillo, Gota, Pulmonía,  
Y todas las demás enfermedades,  
Yo conozco, decía,  
Que tienen excelentes calidades.  
Mas ¿qué importa? La Peste, por ejemplo,  
Un ministro sería sin segundo;  
Pero ya por inútil la contemplo  
Habiendo tanto médico en el mundo.  
Uno de estos elijo... Mas no quiero,  
Que están muy bien premiados sus servicios  
Sin otra recompensa que el dinero.—  
Pretendieron la plaza algunos vicios,  
Alegando en su abono mil razones.  
Consideró la reina su importancia,  
Y, después de maduras reflexiones,  
El empleo ocupó la Intemperancia.

## Fábula XII. El Amor y la Locura.

Habiendo la Locura  
Con el Amor reñido,  
Dejó ciego de un golpe  
Al miserable niño.  
Venganza pide al cielo  
Venus, imas con qué gritos!  
Era madre y esposa,  
Con esto queda dicho.  
Queréllase á los dioses  
Presentando á su hijo:  
—¿De qué sirven las flechas,  
De qué el arco á Cupido,  
Faltándole la vista,  
Para asestar sus tiros?  
Quítensele las alas,  
Y aquel ardiente cirio,  
Si á su luz ser no pueden  
Sus vuelos dirigidos.—  
Atendiendo á que el Ciego  
Siguiese su ejercicio,  
Y á que la delincuente  
Tuviese su castigo,  
Júpiter, presidente  
De la asamblea, dijo:  
—Ordeno á la locura  
Desde este instante mismo,  
Que eternamente sea  
De Amor el lazarillo.

# LIBRO SÉPTIMO

## **Fábula I. El Raposo enfermo.**

El tiempo, que consume de hora en hora  
Los fuertes murallones elevados,  
Y lo mismo devora  
Montes agigantados,  
Á un Raposo quitó de día en día  
Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte  
Que él mismo conocía  
Que se hallaba en las garras de la muerte.  
Cercado de parientes y de amigos,  
Dijo entrémula voz y lastimera:  
—¡Oh vosotros, testigos  
De mi hora postrera,  
Atentos escuchad un desengaño!  
Mis ya pasadas culpas me atormentan,  
Ahora conjuradas en mi daño.  
¿No véis cómo á mi lado se presentan?  
Mirad, mirad los gansos inocentes,  
Con su sangre teñidos,  
Y los pavos en partes diferentes  
Al furor de mis garras divididos.  
Apartad esas aves que aquí veo,  
Y me piden sus pollos devorados;  
Su infernal cacareo  
Me tiene los oídos penetrados.—  
Los Raposos le afirman con tristeza  
(No sin lamerse labios y narices)  
—Tienes debilitada la cabeza,  
Ni una pluma se ve de cuanto dices.  
Y bien lo puedes creer que si se viese...

—¡Oh glotones! callad: ya os entiendo,  
El enfermo exclamó: ¡si yo pudiese  
Corregir las costumbres cual pretendo!  
¿No sentís que los gustos,  
Si son contra la paz de la conciencia,  
Se cambian en disgustos?  
Tengo de esta verdad gran experiencia.  
Expuestos á las trampas y á los perros,  
Matáis y perseguís á todo trapo  
En la aldea gallinas, y en los cerros  
Los inocentes lomos del gazapo.  
Moderad, hijos míos, las pasiones,  
Observad vida quieta y arreglada,  
Y con buenas acciones  
Ganaréis opinión muy estimada.  
—Aunque nos convirtamos en corderos,  
Le respondió un oyente sentencioso,  
Otros han de robar los gallineros  
Á costa de la fama del Raposo.  
Jamás se cobra la opinión perdida:  
Esto es lo uno; á más, ¿usted pretende  
Que mudemos de vida?  
Quien malas mañas ha... ya usted me entiende.  
—Sin embargo, hermanito, crea, crea...  
El enfermo le dijo. ¡Mas qué siento!...  
¿No oís que una gallina cacarea?  
Esto sí que no es cuento.—  
Á Dios, sermón; escápase la gente.  
El enfermo orador esfuerza el grito:  
—¿Os váis, hermanos? Pues tened presente  
Que no me haría daño algún pollito.

## **Fábula II. Las Exequias de la Leona.**

En su regia caverna, inconsolable,  
El rey León yacía,  
Porque en el mismo día  
Murió (¡cruel dolor!) su esposa amable.  
Á palacio la corte toda llega,  
Y en fúnebre aparato se congrega.  
En la cóncava gruta resonaba  
Del triste rey el doloroso llanto.  
Allí los cortesanos entre tanto  
También gemían, porque el rey lloraba;  
Que si el viudo monarca se riera,  
La corte lisonjera  
Trocara en risa el lamentable paso.  
Perdone la difunta, voy al caso.  
Entre tanto sollozo  
El Ciervo no lloraba (yo lo creo),  
Porque lleno de gozo  
Miraba ya cumplido su deseo.  
La tal reina le había devorado  
Un hijo y la mujer al desdichado.  
El Ciervo, en fin, no llora;  
El concurso lo advierte,  
El monarca lo sabe, y en la hora  
Ordena con furor darle la muerte.  
—¿Cómo podré llorar, el Ciervo dijo,  
Si apenas puedo hablar de regocijo?  
Ya disfruta, gran rey, más venturosa  
Los éliseos campos vuestra esposa:  
Me lo ha revelado á la venida,

Muy cerca de la gruta, aparecida:  
Me mandó lo callase algún momento,  
Porque gusta mostréis el sentimiento.—  
Dijo así, y el concurso cortesano  
Aclamó por milagro la patraña.  
El Ciervo consiguió que el soberano  
Cambiasse en amistad su fiera saña.  
*Los que en la indignación han incurrido  
De los grandes señores,  
Á veces su favor han conseguido  
Con ser aduladores.  
Mas no por esto advierto  
Que el medio sea justo; pues es cierto  
Que á más príncipes vicia  
La adulación servil, que la malicia.*

### **Fábula III. El Poeta y la Rosa.**

Una fresca mañana  
En el florido campo  
Un Poeta buscaba  
Las delicias de mayo.  
Al peso de las flores  
Se inclinaban los ramos,  
Como para ofrecerse  
Al huésped solitario.  
Una Rosa lozana,  
Movidal al aire blando,  
Le llama, y él se acerca;  
La toma, y dice ufano:  
—Quiero, Rosa, que vayas  
No más que por un rato  
Á que la hermosa Clori  
Te reciba en su mano.  
Mas no, no, pobrecita,  
Que si vas á su lado,  
Tendrás de su hermosura  
Unos celos amargos.  
Tu süave fragancia,  
Tu color delicado,  
El verdor de tus hojas,  
Y tus pimpollos caros  
Entre estas florecillas  
Pueden ser alabados;  
Mas junto á Clori bella  
Es locura pensarlo.  
Marchita, cabizbaja  
Te irías deshojando,  
Hasta parar tu vida  
En un desnudo cabo.

La Rosa, que hasta entonces  
No despegó sus labios,  
Le dijo resentida:  
—Poeta chabacano,  
Cuando á un héroe quieras  
Coronar con el lauro,  
Del jardín de sus hechos  
Has de cortar los ramos.  
*Por labrar su corona,*

*No es justo que tus manos  
Desnuden otras sienes  
Que la virtud y el mérito adornaron.*

## Fábula IV. El Buho y el Hombre.

Vivía en un granero retirado  
Un reverendo Buho, dedicado  
Á sus meditaciones,  
Sin olvidar la caza de ratones.  
Se dejaba ver poco, mas con arte:  
Al Gran Turco imitaba en esta parte.  
El dueño del granero  
Por azar advirtió que en un madero  
El pájaro nocturno  
Con gravedad estaba taciturno.  
El Hombre le miraba, se reía:  
—¡Qué carita de pascua! le decía.  
¿Puede haber más ridículo visaje?  
Vaya, que eres un raro personaje.  
¿Por qué no has de vivir alegremente  
Con la pájara gente,  
Seguir desde la aurora  
Á la turba canora  
De jilgueros, calandrias, ruisiñores,  
Por valles, fuentes, árboles y flores?  
—Piensas á lo vulgar: eres un necio,  
Dijo el solemne Buho con desprecio:  
—Mira, mira ignorante,  
Á la sabiduría en mi semblante;  
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro  
Aun yo mismo lo admiro.  
Si rara vez me digno, como sabes,  
De visitar la luz, todas las aves  
Me siguen y rodean; desde luego

Mi mérito conocen: no lo niego.  
—¡Ah, tonto, presumido!  
(El hombre dijo así) ten entendido  
Que las aves, muy lejos de admirarte,  
Te siguen y rodean por burlarte.  
De ignorante orgulloso te motejan,  
Como yo á aquellos hombres que se alejan  
Del trato de las gentes,  
Y con extravagancias diferentes  
Han llegado á doctores en la ciencia  
De ser sabios no más que en la apariencia.  
*De esta suerte de locos*  
*Hay hombres como buhos, y no pocos.*

## **Fábula V. La Mona.**

Subió una Mona á un nogal  
Y cogiendo una nuez verde,  
En la cáscara la muerde;  
Con que la supo muy mal.  
Arrojóla el animal,  
Y se quedó sin comer.  
*Así suele suceder*  
*Á quien su empresa abandona,*  
*Porque halla, como la Mona,*  
*Al principio que vencer.*

## Fábula VI. Esopo y un Ateniense.

Cercado de muchachos,  
Y jugando á las nueces,  
Estaba el viejo Esopo  
Más que todos alegre.  
—¡Ah pobre! ¡ya chochea!  
Le dijo un Ateniense.  
En respuesta el Anciano  
Coge un arco que tiene  
La cuerda floja, y dice:  
—Ea, si es que lo entiendes,  
Dime, ¿qué significa  
El arco de esta suerte?—  
Lo examina el de Atenas,  
Piensa, cavila, vuelve,  
Y se fatiga en vano,  
Pues que no lo comprende.  
El Frigio victorioso  
Le dijo:—Amigo, advierte,  
Que romperás el arco  
Si está tirante siempre:  
Si flojo, ha de servirte,  
Cuando tú lo quisieres.  
Si al ánimo estudioso  
Algún recreo dieren,  
Volverá á sus tareas  
Mucho más útilmente.

## **Fábula VII. Demetrio y Menandro.**

*Si te falta el buen nombre,  
Fabio en vano presumes  
Que en el mundo te tengan por grande hombre  
Si más que por tus galas y perfumes.  
Demetrio el faleriano se apodera  
De Atenas; y aunque fué con tiranía,  
De agradable manera  
Los del vulgo le aclaman á porfía.  
Los grandes y los nobles distinguidos  
Con fingido placer la mano besan  
Que los tiene oprimidos.  
Aun á los que en el ocio se embelesan,  
Y á la poltrona gente  
Los arrastra el temor al cumplimiento:  
Con ellos va Menandro juntamente,  
Dramático escritor de gran talento,  
Cuyas obras leyó, sin conocerle,  
Demetrio. Con perfumes olorosos  
Y pasos afectados entra: al verle  
Llegar entre los tardos perezosos,  
El nuevo arconte prorrumpió enojado:  
—¿Con qué valor se pone en mi presencia  
Ese hombre afeminado?  
—Señor, le respondió la concurrencia,  
Es Menandro, el autor.—Al punto muda  
De semblante el tirano:  
Al escritor saluda,  
Y con grata expresión le da la mano.*

## **Fábula VIII. Las Hormigas.**

Lo que hoy las hormigas son,  
Eran los hombres antaño:  
De lo propio y de lo extraño  
Hacían su provisión.  
Júpiter, que tal pasión  
Notó de siglos atrás,  
No pudiendo aguantar más,  
En Hormigas los transforma.  
*Ellos mudaron de forma.*  
*¿Y de costumbres? Jamás.*

## Fábula IX. Los Gatos escrupulosos.

Á las once, y aun más de la mañana,  
La cocinera Juana,  
Con pretexto de hablar á la vecina,  
Se sale, cierra, y deja en la cocina  
Á Micifuf y Zampirón hambrientos.  
Al punto (pues no gastan cumplimientos  
Gatos enhambrecidos)  
Se avanzan á probar de los cocidos.  
—¡Fú, dijo Zampirón, maldita olla!  
¡Cómo abrasa! Veamos esa polla  
Que está en el asador lejos del fuego.—  
Ya también escaldado, desde luego  
Se arrima Micifuf, y en un instante  
Muestra cada trinchante  
Que en el arte cisoría, sin gran pena,  
Pudiera dar lecciones á Villena.  
Concluído el asunto,  
El señor Micifuf tocó este punto:  
Utrum, si se podía ó no en conciencia  
Comer el asador.—¡Oh qué demencia!  
(Exclamó Zampirón en altos gritos)  
¡Cometer el mayor de los delitos!  
¿No sabes que el herrero  
Ha llevado por él mucho dinero,  
Y que, si bien la cosa se examina,  
Entre la batería de cocina  
No hay un mueble más serio y respetable?  
Tu pasión te ha engañado, miserable.—  
Micifuf en efecto  
Abandonó el proyecto;  
Pues eran los dos Gatos  
De suerte timoratos

Que si el diablo, tentando sus pasiones,  
Les pusiese asadores á millones,  
(No hablo yo de las pollas) ó me engaño,  
Ó no comieran uno en todo el año.

De otro modo.

¡Qué dolor! por un descuido  
*Micifuf y Zafirón*  
Se comieron un capón  
En un asador metido.  
Después de haberse lamido,  
Trataron en conferencia  
Si obrarían con prudencia  
En comerse el asador.  
*¿Lo comieron? No señor;*  
*Era caso de conciencia.*

## **Fábula X. El Águila y la Asamblea de los animales.**

Todos los Animales cada instante  
Se quejaban á Júpiter tonante  
De la misma manera  
Que si fuese un alcalde de montera.  
El dios (y con razón) amostazado,  
Viéndose importunado,  
Por dar fin de una vez á las querellas,  
En lugar de sus rayos y centellas,  
De recetor envia desde el cielo  
Al águila rapante, que de un vuelo  
En la tierra juntó los animales,  
Y expusieron en suma cosas tales:  
Pidió el León la astucia del Raposo,  
Éste de aquél lo fuerte y valeroso;  
Envidia la Paloma al Gallo fiero;  
El Gallo á la Paloma en lo ligero;  
Quiere el Sabueso patas más felices,  
Y cuenta como nada sus narices.  
El Galgo lo contrario solicita;  
Y en fin (icosa inaudita!)  
Los peces, de las ondas ya cansados,  
Quieren poblar los bosques y los prados;  
Y las bestias, dejando sus lugares,  
Surcar las olas de los anchos mares.  
Después de oírlo todo,  
El Águila concluye de este modo:  
—«¿Ves, maldita caterva impertinente,  
Que entre tanto viviente  
De uno y otro elemento,

Pues nadie está contento,  
No se encuentra feliz ningún destino?  
¿Pues para qué envidiar el del vecino?»  
Con solo este discurso  
Aun el bruto mayor de aquel concurso  
Se dió por convencido.  
*De modo que es sabido*  
*Que ya sólo se matan los humanos*  
*En envidiar la suerte á sus hermanos.*

## **Fábula XI. La Paloma.**

Un pozo pintado vió  
Una paloma sedienta:  
Tiróse á él tan violenta,  
Que contra la tabla dió:  
Del golpe al suelo cayó,  
Y allí muere de contado.  
*De su apetito guiado.*  
*Por no consultar al juicio,*  
*Así vuela al precipicio*  
*El hombre desenfrenado.*

## Fábula XII. El Chivo afeitado.

—Vaya una quisicosa:

Si aciertas, Juana hermosa,

Cuál es el animal más presumido,

Que rabia por hacerse distinguido

Entre sus semejantes,

Te he de regalar un par de guantes.

No es el pavón, ni el gallo,

Ni el león, ni el caballo,

Y así no me fatigues con demandas.—

¿Será tal vez... el mono?—Cerca le andas.—

¿El mico?—Que te quemas:

Pero no acertarás; no, no lo temas:

Déjalo, no te canses el caletre

Yo te diré cuál es: el *Petimetre*.

Este vano orgulloso

Pierde tiempo, doblones y reposo

En hacer distinguida su figura.

No para en los adornos su locura:

Hace estudio de gestos y de acciones

Á costa de violentas contorsiones.

De perfumes va siempre prevenido:

No quiere oler á hombre ni en descuido.

Que mire, marche ó hable,

En todo busca hacerse remarcable.

Y ¿qué consigue? Lo que todo necio:

Cuanto más se distingue, más desprecio.

En la historia siguiente yo me fundo:

Un Chivo, como muchos en el mundo,

Vano extremadamente,

Se miraba al espejo de una fuente.  
—«¡Qué lástima, decía,  
Que esté mi juventud y lozanía  
Por siempre disfrazada  
Debajo de esta barba tan poblada!  
Y ¿cuándo? cuando en todas las naciones  
No tienen ni aun bigotes los varones;  
Pues ya cuentan que son los moscovitas,  
Si barbones ayer, hoy señoritas.  
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!  
Á bien que estoy en tierra de barberos.»—  
La historia fué en Tetuán, y todo el día  
La barberil guitarra se sentía.  
El Chivo fué guiado de su tono  
Á la tienda de un mono,  
Barberillo afamado,  
Que afeitó al señorito de contado.  
Sale barbilampiño á la campaña;  
Al ver una figura tan extraña,  
No hubo perro ni gato  
Que no le hiciera burla al mentecato.  
Los chivos le desprecian, de manera  
Que no hay más que decir (¡quién lo creyera!)  
Un respetable Macho  
Dicen que se rió como un muchacho.

# LIBRO OCTAVO

## **Fábula I. El Naufragio de Simónides.**

Á ELISA

En tanto que tus vanas compañeras,  
Cercadas de galanes seductores,  
Escuchan placenteras  
En la escuela de Venus los amores;  
Elisa, retirada te contemplo  
De la diosa Minerva al sacro templo.  
Ni eres menos donosa,  
Ni menos agraciada,  
Que Clori, ponderada  
De gentil y de hermosa;  
Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres  
Huir en tu retiro los placeres?  
¡Oh sabia, qué bien haces  
En estimar en poco la hermosura,  
Los placeres fugaces,  
El bien que sólo dura  
Como rosa que el ábrego marchita!  
Tu prudencia infinita  
Busca el sólido bien y permanente  
En la virtud y ciencia solamente.  
Cuando el tiempo implacable, con presteza,  
Ó los males tal vez inopinados,  
Se lleven la hermosura y gentileza,  
Con lágrimas estériles llorados  
Serán aquellos días que se fueron,  
Y á juegos vanos tus amigas dieron;  
Pero á tu bien estable  
No hay tiempo ni accidente que consuma:

Siempre serás feliz, siempre estimable.  
Eres sabia, y en suma  
Este bien de la ciencia no perece:  
Oye cómo esta fábula lo explica,  
Que mi respeto á tu virtud dedica.  
Simónides en Asia se enriquece  
Cantando á justo precio los loores  
De algunos generosos vencedores.  
Este sabio poeta, con deseo  
De volver á su amada patria, Ceo,  
Se embarca, y en la mar embravecida  
Fué la mísera nave sumergida.  
De la gente á las ondas arrojada  
Sale quien diestro nada;  
Y el que nadar no sabe,  
Fluctúa en las reliquias de la nave.  
Pocos llegan á tierra afortunados  
Con las náufragas tablas abrazados.  
Todos cuantos el oro recogieron,  
Con el peso abrumados perecieron.  
Á Clezémone van: allí vivía  
Un varón literato, que leía  
Las obras de Simónides, de suerte  
Que, al conversar los náufragos, advierte  
Que Simónides habla, y en su estilo  
Le conoce, le presta todo asilo,  
De vestidos, criados y dineros;  
Pero á sus compañeros  
Les quedó solamente por sufragio  
Mendigar con la tabla del naufragio.

## **Fábula II. El Filósofo y la Pulga.**

Meditando á sus solas cierto día,  
Un pensador Filósofo, decía:  
«—El jardín adornado de mil flores,  
Y diferentes árboles mayores,  
Con su fruta sabrosa enriquecidos,  
Tal vez entretejidos  
Con la frondosa vid que se derrama  
Por una y otra rama,  
Mostrando á todos lados  
Las peras y racimos desgajados,  
Es cosa destinada solamente  
Para que la disfruten libremente  
La oruga, el caracol, la mariposa:  
No se persuaden ellos otra cosa.  
Los pájaros sin cuento,  
Burlándose del viento,  
Por los aires sin dueño van girando.  
El milano cazando  
Saca la consecuencia:  
Para mí los crió la Providencia.  
El cangrejo, en la playa envanecido,  
Mira los anchos mares, persuadido  
Á que las olas tienen por empleo  
Sólo satisfacerle su deseo;  
Pues cree que van y vienen tantas veces  
Por dejarle en la orilla ciertos peces.  
No hay, prosigue el Filósofo profundo,  
Animal sin orgullo en este mundo:  
El hombre solamente

Puede en esto alabarse justamente.  
Cuando yo me contemplo colocado  
En la cima de un risco agigantado,  
Imagino que sirve á mi persona  
Todo el cóncavo cielo de corona.  
Veo á mis pies los mares espaciosos,  
Y los bosques umbrosos  
Poblados de animales diferentes:  
Las escamosas gentes,  
Los brutos, y las fieras  
Y las aves ligeras,  
Y cuanto tiene aliento  
En la tierra, en el agua y en el viento;  
Y digo finalmente: todo es mío;  
¡Oh grandeza del hombre y poderío!»  
Una Pulga que oyó con gran cachaza  
Al Filósofo maza  
Dijo:—Cuando me miro en tus narices,  
Como tú sobre el risco que nos dices,  
Y contemplo á mis pies aquel instante  
Nada menos que al hombre dominante,  
Que manda en cuanto encierra  
El agua, viento y tierra,  
Y que el tal poderoso caballero  
De alimento me sirve cuando quiero,  
Concluyo finalmente: todo es mío;  
¡Oh grandeza de Pulga y poderío!  
Así dijo, y saltando, se le ausenta.  
*De este modo se afrenta  
Aun al más poderoso,  
Cuando se muestra vano y orgulloso.*

### **Fábula III. El Cazador y los Conejos.**

Poco antes que esparciese  
Sus cabellos en hebras  
El rubicundo Apolo  
Por la faz de la tierra,  
De cazador armado  
Al soto Fabio llega.  
Por el nudoso tronco  
De cierta encina vieja  
Sube, para ocultarse  
En las ramas espesas.  
Los incautos Conejos  
Alegres se le acercan:  
Uno del verde prado  
Igualaba la hierba;  
Otro, cual jardinero,  
Las florecillas riega:  
El tomillo y romero  
Éste y aquél cercenan.  
Entre tanto, al más gordo  
Fabio su tiro asesta:  
Dispara, y al estruendo  
Se meten en sus cuevas  
Tan repentinamente,  
Que á muchos pareciera  
Que, salvo el muerto, á todos  
Se los tragó la tierra.  
¿Después de tal espanto  
Habrá alguno que crea  
Que de allí á poco rato

La tímida caterva,  
Olvidando el peligro,  
Al riesgo se presenta?  
Cosa extraña parece,  
Mas no se admiren de ella:  
¿Acaso los humanos  
Obran de otra manera?

## Fábula IV. El Filósofo y el Faisán.

Llevado de la dulce melodía  
Del cántico variado y delicioso,  
Que en un bosque frondoso  
Las aves forman saludando al día,  
Entró cierta mañana  
Un Sabio en los dominios de Diana.  
Sus pasos esparcieron el espanto  
En la agradable estancia:  
Interrúmpese el canto;  
Las aves vuelan á mayor distancia;  
Todos los animales, asustados,  
Huyen delante de él precipitados;  
Y el Filósofo queda  
Con un triste silencio en la arboleda.  
Marcha con cauto paso ocultamente,  
Descubre sobre un árbol eminente  
Á un Faisán rodeado de su cría,  
Que con amor materno la decía:  
—Hijos míos, pues ya que en mis lecciones  
Largamente os hablé de los milanos,  
De los buitres y halcones,  
Hoy hemos de tratar de los humanos.  
La oveja en leche y lana  
Da abrigo y alimento  
Para la raza humana;  
Y en agradecimiento  
Á tan gran bienhechora,  
La mata el hombre mismo y la devora.  
A la abeja, que labra sus panales

Artificialmente,  
La roba, come, vende sus caudales,  
Y la mata en ejércitos su gente.  
¿Qué recompensa en suma  
Consigue al fin el ganso miserable  
Por el precioso bien incomparable  
De ayudar á las ciencias con su pluma?  
Le da muerte temprana el hombre ingrato  
Y hace de su cadáver un gran plato.  
Y pues que los humanos son peores  
Que milanos y azores,  
Y que toda perversa criatura,  
Huiréis con horror de su figura.—  
Así charló, y el hombre se presenta.  
—Ése es, grita la madre; y al instante  
La familia volante  
Se desprende del árbol y se ausenta.  
¡Oh cómo habló el Faisán! ¡Mas, que dijera,  
El filósofo exclama, si supiera  
Que en sus propios hermanos  
La ingratitud ejercen los humanos!

## **Fábula V. El Zapatero médico.**

Un inhábil y hambriento Zapatero  
En la corte por médico corría;  
Con un contraveneno que fingía,  
Ganó fama y dinero.  
Estaba el rey postrado en una cama  
De una grave dolencia:  
Para hacer experiencia  
Del talento del médico, le llama.  
El antídoto pide, y en un vaso  
Finge el rey que le mezcla con veneno;  
Se lo manda beber: el tal Galeno  
Teme morir: confiesa todo el caso,  
Y dice que, sin ciencia,  
Logró hacerse doctor de grande precio  
Por la credulidad del vulgo necio.  
Convoca el rey al pueblo:—¡Qué demencia  
Es la vuestra, exclamó, que habéis fiado  
La salud francamente  
De un hombre á quien la gente  
Ni aun quería fiarle su calzado!—  
*Esto para los crédulos se cuenta  
En quienes tiene el charlatán su renta.*

## Fábula VI. El Murciélago y la Comadreja.

Cayó sin saber cómo  
Un Murciélago á tierra,  
Al instante le atrapa  
La lista Comadreja.  
Clamaba el desdichado  
Viendo su muerte cerca,  
Ella le dice:—Muere,  
Que por naturaleza  
Soy mortal enemiga  
De todo cuanto vuela.—  
El avechucho grita,  
Y mil veces protesta  
Que él es ratón, cual todos  
Los de su descendencia.  
Con esto (¡qué fortuna!)  
El preso se liberta.  
Pasado cierto tiempo,  
No sé de qué manera,  
Segunda vez le pillá:  
Él nuevamente ruega;  
Mas ella le responde  
Que Júpiter la ordena  
Tenga paz con las aves,  
Con los ratones guerra.  
—¿Soy yo ratón acaso?  
Yo creo que estás ciega.  
¿Quieres ver cómo vuelo?—  
En efecto, le deja,  
Y á merced de su ingenio,

Libre el pájaro vuela.  
Aquí aprendió de Esopo.  
La gente marinera,  
Murciélagos que fingen  
Pasaporte y bandera.  
No importa que haya pocos  
Ingleses comadrejas:  
Tal vez puede de un riesgo  
Sacarnos una treta.

## Fábula VII. La Mariposa y el Caracol.

Aunque te haya elevado la fortuna  
Desde el polvo á los cuernos de luna,  
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,  
Tanto como eres grande, serás necio,  
¡Qué! ¿te irritas? ¿te ofende mi lenguaje?  
—No se habla de ese modo á un personaje.  
—Pues haz cuenta, señor, que no me oiste,  
Y escucha á un Caracol: vaya de chiste.  
En un bello jardín cierta mañana,  
Se puso muy ufana  
Sobre la blanca rosa  
Una recién nacida Mariposa.  
El sol resplandeciente  
Desde su claro oriente  
Los rayos esparcía:  
Ella á su luz las alas extendía,  
Sólo por que envidiasen sus colores  
Manchadas aves y pintadas flores.  
Esta vana, preciada de belleza,  
Al volver la cabeza  
Vió muy cerca de sí sobre una rama  
Á un pardo Caracol. La bella dama  
Irritada exclamó:—¿Cómo, grosero,  
Á mi lado te acercas? Jardinero,  
¿De qué sirve que tengas con cuidado  
El jardín cultivado,  
Y guarde tu desvelo  
La rica fruta del rigor del hielo,  
Y los tiernos botones de las plantas,

Si ensucia y come todo cuanto plantas,  
Este vil Caracol de baja esfera?  
Ó mátales al instante, ó vaya fuera.  
—Quien ahora te oyese,  
Si no te conociese,  
Respondió el Caracol, en mi conciencia  
Que pudiera temblar en tu presencia.  
Mas díme, miserable criatura,  
Que acabas de salir de la basura,  
¿Puedes negar que aun no hace cuatro días  
Que gustosa solías,  
Como humilde reptil andar conmigo,  
Y yo te hacía honor en ser tu amigo?  
¿No es también evidente,  
Que eres por línea recta descendiente  
De las Orugas, pobres hilanderos,  
Que mirándose en cueros,  
De sus tripas hilaban y tejían  
Un fardo en que el invierno se metían,  
Como tú te has metido,  
Y aun no hace cuatro días que has salido.  
Pues si éste fué tu origen y tu casa,  
Por qué tu ventolera se propasa  
Á despreciar á un Caracol honrado?—  
*¿El que tiene de vidrio su tejado  
Esto logra de bueno  
Con tirar las pedradas al ajeno.*

## **Fábula VIII. Los dos Titiriteros.**

Todo el pueblo admirado  
Estaba en una plaza amontonado,  
Y en medio se empinaba un Titerero  
Enseñando una bolsa sin dinero;  
—Pase de mano en mano, les decía:  
Señores, no hay engaño, está vacía.—  
Se la vuelven, la sopla, y al momento  
Derrama pesos duros, ¡qué portento!  
Levántase un murmullo de repente,  
Cuando ven por encima de la gente  
Otro Titiritero á competencia.  
Queda en expectación la concurrencia  
Con silencio profundo;  
Cesó el primero, y empezó el segundo.  
Presenta de licor unas botellas:  
Algunos se arrojaron hacia ellas,  
Y al punto las hallaron transformadas  
En sangrientas espadas.  
Muestra un par de bolsillos de doblones:  
Dos personas, sin duda dos ladrones,  
Les echaron la garra muy ufanos,  
Y se ven dos cordeles en sus manos.  
Á un relator cargado de procesos  
Una letra le enseña de mil pesos.  
Sople usted: sopla el hombre apresurado,  
Y le cierra los labios un candado.  
Á un abate arrimado á su cortejo  
Le presenta un espejo,  
Y al mirar su retrato peregrino,

Se vió con las orejas de pollino.  
Á un santero le manda  
Que se acerque: le pilla la demanda,  
Y allá, con sus hechizos,  
La convirtió en merienda de chorizos.  
Á un joven desenvuelto y rozagante  
Le regala un diamante:  
Éste le dió á su dama, y en el punto  
Pálido se quedó como un difunto,  
Item más, sin narices y sin dientes;  
Allí fué la rechifla de las gentes,  
La burla y la chacota.  
El primer Titerero se alborota.  
Dice por el segundo con denuedo:  
—Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,  
Pues no encierran virtud tan peregrina  
Los polvos de la madre Celestina;  
Que declare su nombre.—  
El concurso lo pide, y el buen hombre  
Entonces, más modesto que un novicio,  
Dijo: *No soy el diablo, sino el vicio.*

## Fábula IX. El Raposo y el Perro.

De un modo muy afable y amistoso,  
El Mastín de un pastor con un Raposo  
Se solía juntar algunos ratos,  
Como tal vez los perros y los gatos  
Con amistad se tratan. Cierta día  
El Zorro á su compadre le decía:  
Estoy muy irritado:  
Los hombres por el mundo han divulgado  
Que mi raza inocente (iqué injusticia!)  
Les anda *circumcirca* en la malicia.  
¡Ah maldita canalla!  
Si yo pudiera...—En esto el Zorro calla,  
Y erizado se agacha.—Soy perdido,  
Dice, los cazadores he oído.  
¿Qué me sucede?—Nada:  
No temas, le responde el camarada;  
Son las gentes que pasan al mercado.  
Mira, mira, cuitado,  
Marchar haldas en cinta á mis vecinas  
Coronadas con cestas de gallinas.  
—No estoy, dijo el Raposo, para fiestas;  
Vete con tus gallinas y tus cestas,  
Y satiriza á otro. Porque sabes  
Que robaron anoche algunas aves,  
¿He de ser yo el ladrón?—En mi conciencia  
Que hablé, dijo el Mastín, con inocencia.  
¿Yo pensar que has robado el gallinero,  
Cuando siempre te vi como un cordero?  
—¡Cordero! exclama el Zorro; no hay aguante

Que cordero me vuelva en el instante,  
Si he hurtado el que falta en tu majada.  
—Hola, concluye el Perro, camarada,  
El ladrón es Ud. según se explica.—  
El estuche molar al punto aplica  
Al mísero Raposo,  
Para que así escarmiente el cosquilloso,  
Que de las fabulillas se resiente.  
*«Si no estás inocente,  
Dime, ¿por qué no bajas las orejas?  
Y si acaso lo estás, ¿de qué te quejas?»*

# LIBRO NONO

## Fábula I. El Gato y las Aves.

Charlatanes se ven por todos lados  
En plazas y en estrados,  
Que ofrecen sus servicios (ícosa rara!)  
A todo el mundo por su linda cara.  
Éste, químico y médico excelente,  
Cura á todo doliente,  
Pero *gratis*: no se hable de dinero.  
El otro petimetre caballero  
Canta, toca, dibuja, borda, danza,  
Y ofrece la enseñanza  
*Gratis* por afición á cierta gente.  
Veremos en la fábula siguiente  
Si puede haber en esto algún engaño:  
La prudente cautela no hace daño.  
Dejando los desvanes y rincones  
El señor *Mirrimiz*, Gato de maña,  
Se salió de la villa á la campaña.  
En paraje sombrío  
Á la orilla de un río  
De sauces coronado,  
En unas matas se quedó agachado.  
El Gatazo callaba como un muerto  
Escuchando el concierto  
De dos milavecillas,  
Que en las ramas cantaban maravillas.  
Pero callaba en vano,  
Mientras no se acercaban á su mano  
Los músicos volantes, pues quería  
*Mirrimiz* arreglar la sinfonía.

Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,  
Sacando la cabeza: ¡Bravo, bravo!  
La turba calla: cada cual procura  
Alejarse ó meterse en la espesura;  
Mas él les persuadió con buenos modos,  
Y al fin logró que le escuchasen todos.  
—No soy Gato montés ó campesino;  
Soy honrado vecino  
De la cercana villa;  
Fuí Gato de un maestro de capilla;  
La música aprendí y aun, si me empeño,  
Veréis como os la enseño;  
Pero *gratis* y en menos de una hora.  
¡Qué cosa tan sonora  
Será el oír un coro de cantores,  
Verbigracia, calandrias, ruiseñores!  
Con estas y otras cosas diferentes,  
Algunas de las aves inocentes  
Con manso vuelo á *Mirrimiz* llegaron:  
Todos en torno de él se colocaron;  
Entonces con más gracia  
Y más diestro que el Músico de Tracia,  
Echando su compás hacia el más gordo,  
Consigue *gratis* merendarse un tordo.

## **Fábula II. La Danza pastoril.**

Á la sombra que ofrece  
Un gran peñón tajado,  
Por cuyo pie corría  
Un arroyuelo manso,  
Se formaba en estío  
Un delicioso prado.  
Los árboles silvestres  
Aquí y allí plantados,  
El suelo siempre verde  
De mil flores sembrado,  
Más agradable hacían  
El lugar solitario.  
Contento en él pasaba  
La siesta, recostado  
Debajo de una encina,  
Con el albugue, Bato.  
Al son de sus tonadas  
Los pastores cercanos,  
Sin olvidar algunos  
La guarda del ganado,  
Descendían ligeros  
Desde la sierra al llano.  
Las honestas zagalas,  
Según iban llegando,  
Bailaban lindamente,  
Asidas de las manos,  
En torno de la encina  
Donde tocaba Bato.  
De las espesas ramas

Se veía colgando  
Una guirnalda bella  
De rosas y amaranto.  
La fiesta presidía  
Un mayoral anciano:  
Y ya que el regocijo  
Bastó para descanso,  
Antes que se volviesen  
Alegres al rebaño,  
El viejo presidente  
Con su corvo, cayado  
Alcanzó la guirnalda,  
Que pendía del árbol,  
Y coronó con ella  
Los cabellos dorados  
De la gentil zagala,  
Que con sencillo agrado  
Supo ganar á todas  
En modestia y recato.  
*Si la virtud premiaran*  
*Algunos cortesanos,*  
*Yo sé que no huiría*  
*Desde la corte al campo.*

### **Fábula III. Los dos Perros.**

*Procure ser en todo lo posible  
El que ha de reprender irrepreensible.  
Sultán, perro goloso y atrevido,  
En su casa robó, por un descuido,  
Una pierna excelente de carnero.  
Pinto, gran tragador, su compañero,  
Le encuentra con la presa encarnizado,  
Ojo al través, colmillo acicalado,  
Fruncidas las narices y gruñendo.  
—¿Qué cosa estás haciendo,  
Desgraciado Sultán? Pinto le dice.  
¿No sabes, infelice,  
Que un perro infiel, ingrato,  
No merece ser perro, sino gato?  
¡Al amo, que nos fía  
La custodia de casa noche y día,  
Nos halaga, nos cuida y alimenta,  
Le das tan buena cuenta,  
Que le robas goloso  
La pierna del carnero más jugoso!  
Como amigo te ruego  
No la maltrates más: déjala luego.  
—Hablas, dijo Sultán, perfectamente.  
Una duda me queda solamente  
Para seguir al punto tu consejo:  
Di, ¿te la comerás si yo la dejo?*

## Fábula IV. La Moda.

Después de haber corrido  
Cierta danzante Mono  
Por cantones y plazas  
De ciudad en ciudad el mundo todo,  
Logró (dice la historia,  
Aunque no cuenta el cómo)  
Volverse libremente  
Á los campos del África orgulloso.  
Los Monos al viajero  
Reciben con más gozo  
Que á Pedro, el czar, los rusos,  
Que los griegos á Ulises generoso.  
De leyes, de costumbres  
Ni él habló, ni algún otro  
Le preguntó palabra;  
Pero de trajes y de modas todos.  
En cierta jerigonza,  
Con extranjero tono,  
Les hizo un *gran detalle*

De lo más *remarcable* á los curiosos.  
«Empecemos, decían,  
Aunque sea por poco.»  
Hiciéronse zapatos  
Con cáscaras de nueces por lo pronto.  
Toda la raza mona  
Andaba con sus choclos,  
Y el no traerlos era  
Faltar á la decencia y al decoro.  
Un leopardo hambriento

Trepa para los Monos;  
Ellos huir intentan  
Á salvarse en los árboles del soto.  
Las chinelas lo estorban,  
Y de muy fácil modo  
Aquí y allí mataba,  
Haciendo á su placer dos mil destrozos.  
En Tetuán desde entonces  
Manda el senado docto,  
Que cualquier uso ó moda  
De países cercanos ó remotos,  
Antes que llegue el caso  
De adoptarse en el propio,  
Haya de examinarse  
En junta de políticos á fondo.  
*Con tan justo decreto,*  
*Y el suceso horroroso*  
*¿Dejaron tales modas?*  
*Primero dejarían de ser Monos.*

## Fábula V. El Lobo y el Mastín.

Trampas, redes y perros  
Los celosos pastores disponían  
En lo oculto del bosque y de los cerros,  
Porque matar querían  
Á un Lobo por el bárbaro delito  
De no dejar á vida ni un cabrito.  
Hallóse cara á cara  
Un Mastín con el Lobo de repente,  
Y cada cual se para,  
Tal como en Zama estaban frente á frente  
Antes de la batalla, muy serenos,  
Aníbal y Escipión, ni más ni menos.  
En esta suspensión treguas propone  
El Lobo á su enemigo.  
El Mastín no se opone,  
Antes le dice:—Amigo,  
Es cosa bien extraña por mi vida  
Meterse un señor Lobo á cabricida.  
Ese cuerpo brioso  
Y de pujanza fuerte,  
Que mate al jabalí, que venza al oso.  
Mas ¿qué dirán al verte  
Que lo valiente y fiero  
Empleas en la sangre de un cordero?  
El Lobo le responde:—Camarada,  
Tienes mucha razón; en adelante  
Propongo no comer sino ensalada.—  
Se despiden y toman el portante.  
Informados del hecho

Los pastores se apuran y patean:  
Agarran al Mastín y le apalean.  
Digo que fué bien hecho;  
Pues, en vez de ensalada, en aquel año  
Se fué comiendo el Lobo su rebaño.  
*¿Con una reprensión, con un consejo  
Se pretende quitar un vicio añejo?*

## Fábula VI. La Hermosa y el Espejo.

Anarda la bella  
Tenía un amigo  
Con quien consultaba  
Todos sus caprichos:  
Colores de moda,  
Más ó menos vivos,  
Plumas, sombreretes,  
Lunares y rizos  
Jamás en su adorno  
Fueron admitidos,  
Si él no la decía:  
«Gracioso, bonito».  
Cuando su hermosura  
Llena de atractivo,  
En sus verdes años  
Tenía más brillo,  
Traidoras la roban  
(Ni acierto á decirlo)  
Las negras viruelas  
Sus gracias y hechizos.  
Llegóse al espejo:  
Éste era su amigo,  
Y como se jacta  
De fiel y sencillo,  
Lisa y llanamente  
La verdad la dijo.  
Anarda furiosa,  
Casi sin sentido,  
Le vuelve la espalda

Dando mil quejidos.  
Desde aquel instante  
Cuentan que no quiso  
Volver á consultas  
Con el señor mío.  
Escúchame Anarda:  
«Si buscas amigos  
Que te representen  
Tus gracias y hechizos,  
Mas que no te adviertan  
Defectos, y aun vicios  
De aquellos que nadie  
Conoce en sí mismo;  
Díme ¿de qué modo  
Podrás corregirlos?»

## **Fábula VII. El Viejo y el Chalán.**

*Fabio está, no lo niego, muy notado  
De una cierta pasión que le domina;  
¿Mas qué importa, señor? si se examina  
Se verá que es un mozo muy honrado,  
Generoso, cortés, hábil, activo,  
Y que de todo entiende  
Cuanto pide el empleo que pretende.  
Y qué, ¿no se le dan?... ¿por qué motivo?...  
Trataba un Viejo de comprar un perro  
Para que le guardase los doblones.  
Le decía el Chalán estas razones:  
—Con un collar de hierro  
Que tenga el animal, échenle gente:  
Es hermoso, pujante,  
Leal, bravo, arrogante;  
Y aunque tiene la falta solamente  
De ser algo goloso...  
—¿Goloso? dice el Rico; no le quiero.  
—No es para marmitón, ni despensero,  
Continúa el Chalán muy presuroso,  
Sino para valiente centinela.  
—Menos, concluye el Viejo:  
Dejará que me quiten el pellejo  
Por lamer entre tanto la cazuela.*

## Fábula VIII. La Gata con Cascabeles.

Salió cierta mañana  
Zapaquilda al tejado  
Con un collar de grana,  
De pelo y cascabeles adornado.  
Al ver tal maravilla,  
Del alto corredor y la guardilla  
Van saltando los Gatos de uno en uno;  
Congrégase al instante  
Tal concurso gatuno  
En torno de la dama rozagante,  
Que entre flexibles colas arboladas  
Apenas divisarla se podía.  
Ella con mil monadas  
El cascabel parlero sacudía;  
Pero cesando al fin el sonsonete,  
Dijo, que por juguete,  
Quitó el collar al perro su señora,  
Y se lo puso á ella.  
Cierto que Zapaquilda estaba bella:  
Á todos enamora,  
Tanto que en la gatesca compañía,  
Cuál dice su atrevido pensamiento,  
Cuál se encrespa celoso;  
Riñen éste y aquél con ardimiento,  
Pues con ansia quería  
Cada Gato soltero ser su esposo.  
Entre los arañazos y maullidos  
Levántase Garraf, Gato prudente,  
Y á los enfurecidos

Les grita:—Noble gente,  
¡Gata con cascabeles por esposa!  
¿Quién pretende tal cosa?  
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta  
Y que la dama hambrienta  
Necesita sin duda que el marido,  
Ausente y aburrido,  
Busque la provisión en los desvanes,  
Mientras ella cercada de galanes,  
Porque el mundo la vea,  
De tejado en tejado se pasea?—  
Marchóse Zapaquilda convencida,  
Y lo mismo quedó la concurrencia.  
*¡Cuántos chascos se llevan en la vida  
Los que no miran más que la apariencia!*

## **Fábula IX. El Ruiseñor y el Mochuelo.**

Una noche de mayo,  
Dentro de un bosque espeso,  
Donde según reinaba  
La triste obscuridad con el silencio,  
Parece que tenía  
Su habitación Morfeo;  
Cuando todo viviente  
Disfrutaba del dulce y blando sueño,  
Pendiente de una rama  
Un Ruiseñor parlero

Empezó con sus ayes  
A publicar sus dolorosos celos.  
Después de mil querellas,  
Que llegaron al cielo,  
A cantar empezaba  
La antigua historia del infiel Teseo,  
Cuando, sin saber como,  
Un cazador Mochuelo  
Al músico arrebató  
Entre las corvas uñas prisionero.  
Jamás Pan con la flauta  
Igualó sus gorjeos,  
Ni resonó tan grata  
La dulce lira del divino Orfeo.  
No obstante, cuando daba  
Sus últimos lamentos,  
Los vecinos del bosque  
Aplaudían su muerte: yo lo creo.  
Si con sus serenatas

El mismo *Farinelo*  
Viniese á despertarme,  
Mientras que yo dormía en blando lecho;  
En lugar de los *bravos*,  
Diría: Caballero,  
¡Que no viniese ahora  
Para tal Ruisenñor algún *Mochuelo*!  
*Clori* tiene mil gracias:  
Y ¿qué logra con eso?  
*Hacerse fastidiosa*  
Por no querer usarlas á su tiempo.

## Fábula X. El Amo y el Perro.

—Callen todos los perros de este mundo  
Donde está mi *Palomo*:  
Es fiel, decía el Amo, sin segundo  
Y me guarda la casa... pero ¿cómo?  
Con la despensa abierta  
Le dejé cierto día;  
En medio de la puerta  
De guardia se plantó con bizarría.  
Un formidable gato,  
En vez de perseguir á los ratones,  
Se venía guiado del olfato  
Á visitar chorizos y jamones.  
*Palomo* le despide buenamente;  
El gatazo se encrespa y acalora:  
Riñen sangrientamente,  
Y mi *Guardajamones* le devora.—  
Esto contaba el Amo á sus amigos,  
Y después á su casa se los lleva  
Á que fuesen testigos  
De tal fidelidad en otra prueba.  
Tenía al buen *Palomo* prisionero  
Entre manidas pollas y perdices:  
Los sebosos riñones de un carnero  
Casi casi le untaban las narices.  
Dentro de este retiro á penitencia  
El triste fué metido  
Después de algunos días de abstinencia.  
Al fin, ya su Señor compadecido  
Abre con sus amigos el encierro;

Sale rabo entre piernas agachado:  
Al Amo se acercaba el pobre Perro,  
Lamiéndose el hocico ensangrentado.  
El Dueño se alborota y enfurece  
Con tan fatales nuevas.  
Yo le preguntaría ¿Y qué merece  
Quien la virtud expone á tales pruebas?

## Fábula XI. Los dos Cazadores.

Que en una marcial función,  
O cuando el caso lo pida,  
Arriesgue un hombre su vida,  
Digo que es mucha razón.  
Pero el que por diversión  
Exponer su vida quiera  
Á juguete de una fiera,  
O peligros no menores,  
Sepa de dos Cazadores  
Una historia verdadera.  
Pedro Ponce, el valeroso,  
Y Juan Carranza, el prudente,  
Vieron venir frente á frente  
Al lobo más horroroso.  
El prudente, temeroso,  
Á una encina se abalanza,  
Y cual otro Sancho Panza,  
En las ramas se salvó.  
Pedro Ponce allí murió:  
Imitemos á Carranza.

## **Fábula XII. El Gato y el Cazador.**

Cierto Gato en poblado descontento,  
Por mejorar sin duda de destino  
(Qué no sería Gato de convento)  
Pasó de ciudadano á campesino.  
Metióse santamente  
Dentro de una covacha, mas no lejos  
De un gran soto poblado de conejos.  
Considere el lector piadosamente  
Si este noble ermitaño  
Probaría la hierba en todo el año.  
Lo mejor de la caza devoraba,  
Haciendo mil excesos;  
Mas al fin por el rastro que dejaba  
De plumas y de huesos,  
Un Cazador lo advierte: le persigue,  
Arma trampas y redes con tal maña,  
Que al instante consigue  
Atrapar la carnívora alimaña.  
Llégase el Cazador al prisionero,  
Quiere darle la muerte.  
El animal le dice:—Caballero,  
Duélase de la suerte  
De un triste pobrecito,  
Metido en la prisión y sin delito.  
—¿Sin delito, me dices,  
Cuando sé que tus uñas y tus dientes  
Devoran infinitos inocentes?  
—Señor, eran conejos y perdices;  
Y yo no hacía más, á fe de Gato,

Que lo que ustedes hacen en el plato.  
—Ea, pícaro, muere,  
Que tu mala razón no satisface.  
Con que sea la cosa que se fuere,  
*¿La podrá usted hacer, si otro la hace?*

### **Fábula XIII. El Pastor.**

Salicio usaba tañer  
La zampoña todo el año,  
Y, por oírle, el rebaño  
Se olvidaba de pacer.  
Mejor sería romper  
La zampoña al tal Salicio;  
*Porque si causa perjuicio  
En lugar de utilidad,  
La mayor habilidad,  
En vez de virtud, es vicio.*

## Fábula XIV. El Tordo Flautista.

Era un gusto el oír, era un encanto,  
Á un tordo gran flautista, pero tanto,  
Que en la gaita gallega,  
O la pasión me ciega,  
Ó á Misón le llevaba mil ventajas.  
Cuando todas las aves se hacen rajas  
Saludando á la aurora,  
Y la turba confusa charladora  
La canta sin compás y con destreza  
Todo cuanto la viene á la cabeza,  
El flautista empezó: cesó el concierto.  
Los pájaros con tanto pico abierto  
Oyeron en un tono soberano  
Las folías la gaita y el villano.  
Al escuchar las aves tales cosas,  
Quedaron admiradas y envidiosas;  
Los jilgueros preciados de cantores,  
Los vanos ruseñores,  
Unos y otros corridos,  
Callan entre las hojas escondidos.  
Ufano el Tordo grita:—Camaradas,  
Ni saben, ni sabrán estas tonadas  
Los pájaros ociosos,  
Sino los retirados estudiosos.  
Sabed, que con un hábil zapatero  
Estudié un año entero:  
Él dale que le das á sus zapatos,  
Y alternando, silbábamos á ratos.  
En fin, viéndome diestro,

—Vuela al campo, me dice mi maestro,  
Y harás ver á las aves de mi parte  
Lo que gana el ingenio con el arte.

## Fábula XV. El Raposo y el Lobo.

Un triste Raposo  
Por medio del llano  
Marchaba sin piernas,  
Cual otro soldado,  
Que perdió las suyas  
Allá en Campo Santo.  
Un Lobo le dijo:  
—Hola, buen hermano,  
Diga, ¿en qué refriega  
Quedó tan lisiado?  
—¡Ay de mí! responde;  
Un maldito rastro  
Me llevó á una trampa,  
Donde por milagro,  
Dejando una pierna,  
Salí con trabajo.  
Después de algún tiempo  
Iba yo cazando[457],  
Y en la trampa misma  
Dejé pierna y rabo.—  
El Lobo le dice  
—Creíble es el caso:  
Yo estoy tuerto, cojo  
Y desorejado  
Por ciertos mastines,  
Guardas de un rebaño.  
Soy de estas montañas  
El Lobo decano,  
Y como conozco

Las mañas de entrambos,  
Temo que acabemos,  
No digo enmendados,  
Sino tú en la trampa,  
Y yo en el rebaño.  
Que el ciego apetito  
Pueda arrastrar tanto  
Á los brutos, pase,  
*¡Pero á los humanos!*

## **Fábula XVI. El Ciudadano Pastor.**

Cierto joven leía  
En versos excelentes  
Las dulces pastorelas  
Con el mayor deleite.  
Tenía la cabeza  
Llena de prados, fuentes,  
Pastores y zagalas,  
Zampoñas y rabeles.  
Al fin, cierta mañana  
Prorrumpe de esta suerte:  
—¡Yo he de estar prisionero  
Cercado de paredes,  
Esclavo de los hombres,  
Y sujeto á las leyes,  
Pudiendo, entre pastores,  
Grata y sencillamente  
Disfrutar desde ahora  
La libertad campestre!  
De la ciudad al bosque  
Me marchó para siempre:  
Allí naturaleza  
Me brinda con sus bienes;  
Los árboles y ríos  
Con frutas y con peces;  
Los ganados y abejas  
Con la miel y la leche;  
Hasta las duras rocas  
Habitación me ofrecen  
En grutas coronadas

De pámpanos silvestres.  
Desde tan bella estancia,  
¡Cuántas y cuántas veces,  
Al son de dulces flautas,  
Y sonoros rabeles,  
Oiré á los pastores,  
Que discretos contienden,  
Publicando en sus versos  
Amores inocentes!  
Como que ya diviso  
Entre el ramaje verde  
Á la pastora Nise,  
Que al lado de una fuente,  
Sentada al pie de un olmo,  
Una guirnalda teje.  
¿Si será para Mopso?...—  
Tanto el joven enciende  
Su loca fantasía,  
Que ya en fin se resuelve,  
Y en zagal disfrazado,  
En los bosques se mete.  
Á un rabadán encuentra,  
Y le pregunta alegre:  
—Díme, ¿es de Melibeo  
Ese ganado?—Miente,  
Que es mío; y sobre todo,  
Sea de quien se fuere.  
—No respondió el buen hombre  
Muy poéticamente.  
El Joven temeroso  
De que tal vez le diese  
Con el fiero garrote  
Que por cayado tiene,  
Sin chistar más palabra,  
Huyó bonitamente.

Marchaba pensativo,  
Cuando quiso la suerte  
Que cogiendo bellotas  
Á la pastora viese.  
—¡Oh Nise fermentida!  
Exclama: ¡cuántas veces,  
Siendo niña, querías  
Que yo te recogiese  
La fruta con rocío  
De mis manzanos verdes!—  
Diciendo así, se acerca:  
La moza se revuelve,  
Y dándole un bufido  
En las breñas se mete.  
Sorprendido el Mancebo,  
Dice: «¿Qué me sucede?  
¿Son éstos los pastores  
Discretos, inocentes,  
Que pintan los poetas  
Tan delicadamente?  
Á nuevos desengaños  
Ya no quiero exponerme.»  
Rendido, caviloso  
Á la ciudad se vuelve.  
*Yo siento á par del alma  
Que no se detuviese  
Á disfrutar un poco  
De la vida campestre.  
Por mi fe que las migas,  
El pastoril albergue,  
El rigor del verano,  
Los hielos y las nieves,  
Le hubieran persuadido  
Mucho más vivamente,  
Que es un solemne loco*

Todo aquel que creyere  
Hallar en la experiencia  
Cuanto el hombre nos pinta por deleite.

## **Fábula XVII. El Ladrón.**

Por catar una colmena  
Cierta goloso Ladrón,  
Del venenoso aguijón  
Tuvo que sufrir la pena.

«—La miel, dice, está muy buena,  
Es un bocado exquisito:  
Por el aguijón maldito  
No volveré al colmenar.—  
*¡Lo que tiene el encontrar  
La pena tras el delito!*

## Fábula XVIII. El Joven filósofo y sus Compañeros.

Un joven educado  
Con el mayor cuidado  
Por un viejo filósofo profundo,  
Salió por fin á visitar el mundo.  
Concurrió cierto día  
Entro civil y alegre compañía,  
Á una mesa abundante y primorosa.  
«¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!  
¡La mesa de cadáveres cubierta  
Á la vista del hombre!... ¡Y éste acierta  
Á comer los despojos de la muerte!»  
El Joven declamaba de esta suerte.  
Al son de filosóficas razones,  
Devorando perdices y pichones,  
Le responden algunos concurrentes:  
—Si usted ha de vivir entre las gentes,  
Deberá hacerse á todo.—  
Con un gracioso modo,  
Alabando el bocado de exquisito,  
Le presentan un gordo pajarito.  
—Cuanto usted ha exclamado, será cierto  
Mas en fin, le decían, ya está muerto:  
Pruébelo por su vida... Considere  
Que otro le comerá, si no le quiere.—  
La ocasión, las palabras, el ejemplo,  
Y según yo contemplo,  
Yo no sé qué olorcillo,  
Que exhalaba el caliente pajarillo,  
Al Joven persuadieron de manera,

Que al fin se le comió. ¡Quién lo dijera!  
—¡Haber yo devorado un inocente!—  
Así clamaba, pero fríamente.  
Lo cierto es, que llevado de aquel cebo,  
Con más facilidad cayó de nuevo.  
La ocasión se repite  
De uno en otro convite  
Y de una codorniz á una becada,  
Llegó el Joven al fin de la jornada,  
Olvidando sus máximas primeras,  
Á ser devorador como las fieras.  
*De esta suerte los vicios se insinúan,  
Crecen, se perpetúan  
Dentro del corazón de los humanos,  
Hasta ser sus señores y tiranos.  
Pues ¿qué remedio?... Incautos jovencitos,  
¡Cuenta con los primeros pajaritos!*

## **Fábula XIX. El Elefante, el Toro, el Asno y los demás animales.**

Los mansos y los fieros animales,  
Á que se remediasen ciertos males,  
Desde los bosques llegan,  
Y en la rasa campaña se congregan.  
Desde la más pelada y alta roca  
Un Asno trompetero los convoca.  
El concurso ya junto,  
Instruído también en el asunto,  
(Pues á todos por Júpiter previno  
Con cédula ante diem el Pollino)  
Imponiendo silencio el Elefante,  
Así dijo:—Señores, es constante  
En todo el vasto mundo  
Que yo soy en lo fuerte sin segundo:  
Los arboles arranco con la mano,  
Venzo al León, y es llano  
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla  
Abre sin duda brecha. Á la batalla  
Llevo todo un castillo guarnecido;  
En la paz y en la guerra soy tenido  
Por un bruto invencible,  
No sólo por mi fuerza irresistible,  
Por mi gordo colete y grave masa,  
Que hace temblar la tierra donde pasa.  
Mas, señores, con todo lo que cuento,  
Sólo de vegetales me alimento;  
Y como á nadie daño, soy querido,  
Mucho más respetado que temido.  
Aprended pues de mí, crueles fieras,  
Las que hacéis profesión de carniceras,  
Y no hagáis, por comer, atroces muertes,  
Puesto que no seréis ni menos fuertes,

Ni menos respetadas,  
Sino muy estimadas  
De grandes y pequeños animales,  
Viviendo como yo de vegetales.—  
Gran pensamiento, dicen, gran discurso;  
Y nadie se le opone del concurso.  
Habló después un Toro de Jarama:  
Escarba el polvo, cabecea, brama.  
—Vengan, dice, los Lobos y los Osos,  
Si son tan poderosos,  
Y en el circo verán con qué donaire  
Les haré que volteen por el aire.  
¡Qué! ¿son menos gallardos y valientes  
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?  
Pues ¿por qué los villanos carniceros  
Han de comer mis Vacas y Terneros?  
Y si no se contentan  
Con las hojas y hierbas que alimentan  
En los bosques y prados  
Á los más generosos y esforzados,  
Que muerdan de mis cuernos al instante,  
O si no de la trompa al Elefante.—  
La asamblea aprobó cuanto decía  
El Toro con razón y valentía.  
Seguíase á los dos en el asiento,  
Por falta de buen orden, el Jumento,  
Y con rubor expuso sus razones.  
—Los Milanos, prorrumpe, y los Halcones  
(No ofendo á los presentes, ni quisiera),  
Sin esperar tampoco á que me muera,  
Hallan para sus uñas y su pico  
Estuche entre los lomos del Borrico.  
Ellos querrán ahora, como bobos,  
Comer la hierba los señores Lobos.  
Nada menos: aprendan los malditos  
De las Chochaperdices ó Chorlitos,  
Que, sin hacer á los Jumentos guerra,  
Envainan sus picotes en la tierra:  
Y viva todo el mundo santamente,

Sin picar ni morder en lo viviente.—  
—¡Necedad, disparate, impertinencia!  
Gritaba aquí y allí la concurrencia:  
¡Haya silencio, claman, haya modo!  
Alborótase todo:  
Crece la confusión, la grito crece;  
Por más que el Elefante se enfurece,  
Se deshizo en desorden la asamblea.  
Á Dios, gran pensamiento: á Dios idea.  
—Señores animales, yo pregunto,  
¿Habló el asno tan mal en el asunto?  
¿Discurrieron tal vez con más acierto  
El Elefante y Toro? No por cierto.  
¿Pues por qué solamente al buen Pollino  
Le gritan:—Disparate, desatino?—  
Porque nadie en razones se paraba,  
Sino en la calidad de quien hablaba.  
—Pues, amigo Elefante, no te asombres:  
*Por la misma razón entre los hombres  
Se desprecia una idea ventajosa.  
¡Qué preocupación tan peligrosa!*

